CUADERNOS historia 16

El camino de Santiago

J. L. Martín, J. M. Lacarra, J. Valdeón, J. Yarza y A. Bonet



88

A fines del siglo VIII se difunde en el noroeste de la Península la idea de que Santiago el Mayor había evangelizado y había sido enterrado en estas tierras, y comienza a rendirse culto al Apóstol en un lugar cercano a la ciudad episcopal de Iria Flavia, donde —según excavaciones recientes— se halla situado un cementerio de época romana. Un siglo más tarde, la noticia de este culto es conocida en el sur de Francia, y pronto llegarán hasta Compostela, nombre dado al lugar del sepulcro, los primeros europeos deseosos de venerar los restos del apóstol de Occidente y de conocer unas tierras que la vecindad de los musulmanes hace atractivas y legendarias.

El número de peregrinos aumenta extraordinariamente a partir del siglo XI, cuando la población europea logra salir del aislamiento de épocas anteriores e inicia una serie de contactos e intercambios que, en el campo religioso, llevarán a hacer de la peregrinación la forma más difundida de devoción. Roma, Jerusalén y Santiago serán los grandes centros: todos los caminos llevan a Roma; los cruzados y las ciudades marítimas italianas abren la ruta de Jerusalén, y los monarcas de Navarra, Aragón y Castilla-León facilitan el viaje a Santiago mediante la construcción de puentes, reparación de caminos, construcción de hospitales y albergues…



AA. VV.

El camino de Santiago

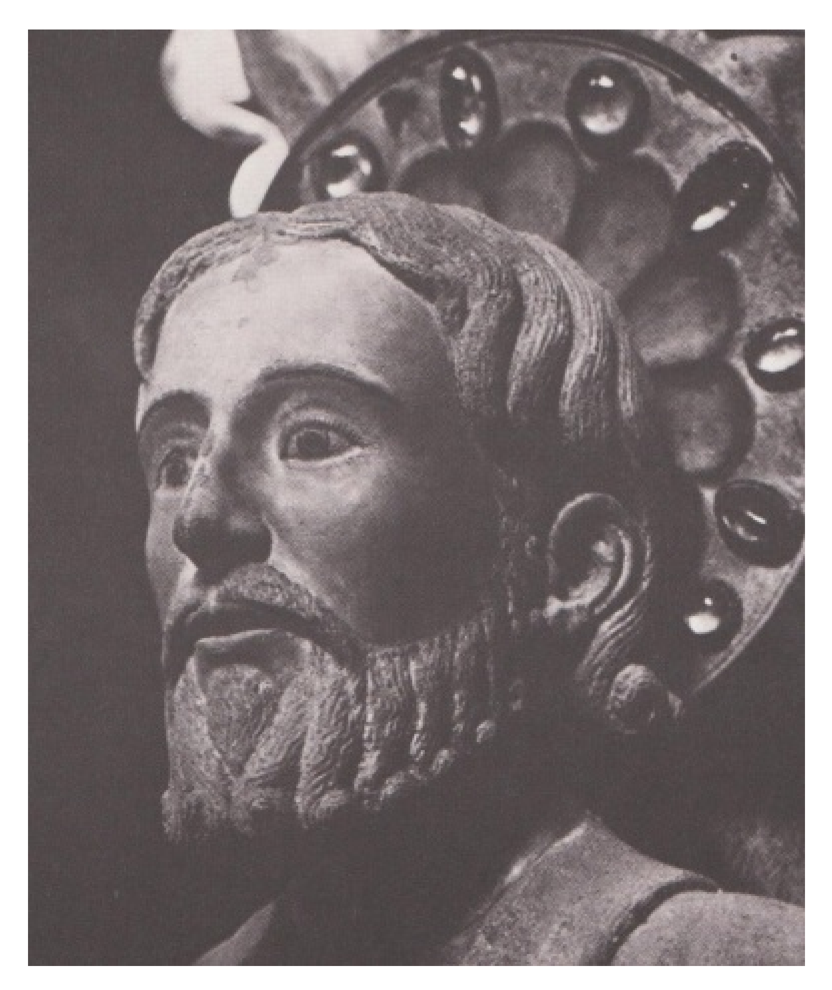
Cuadernos Historia 16 - 088

ePub r1.0
Titivillus 27.06.2021

Título original: *El camino de Santiago*
AA. VV., 1985

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





Primer plano de Santiago, en el parteluz del Pórtico de la Gloria.

Índice

Santiago: religión, comercio y política

Por José Luis Martín

Catedrático de Historia Medieval.
Universidad de Salamanca

AUNQUE los caminos por los que llegan los fieles a Santiago son muy numerosos, una de las vías llegará a convertirse en el Camino por antonomasia. Es el camino francés que se inicia en los puertos de Somport o de Roncesvalles, desde donde los viajeros se dirigen a Puente la Reina, pasando, en el primer caso, por Jaca, Sangüesa y Monreal, y por Pamplona en el segundo. Unidos en Puente la Reina, los peregrinos siguen por Estella, Monjardin, Logroño, Nájera, Santo Domingo de la Calzada, Belorado, Burgos (donde confluye la vía menor que, desde Bayona, cruza por Tolosa, Vitoria, Miranda de Ebro y Briviesca). Las etapas a partir de Burgos pasan por Castrojeriz, Frómista, Carrión, Sahagún, León (una parte de los peregrinos se desvía hacia Oviedo para seguir luego el camino se la costa hasta Santiago), Astorga, Ponferrada, Villafranca del Bierzo, Cebrero, Portomarín, Palas del Rey y Santiago.

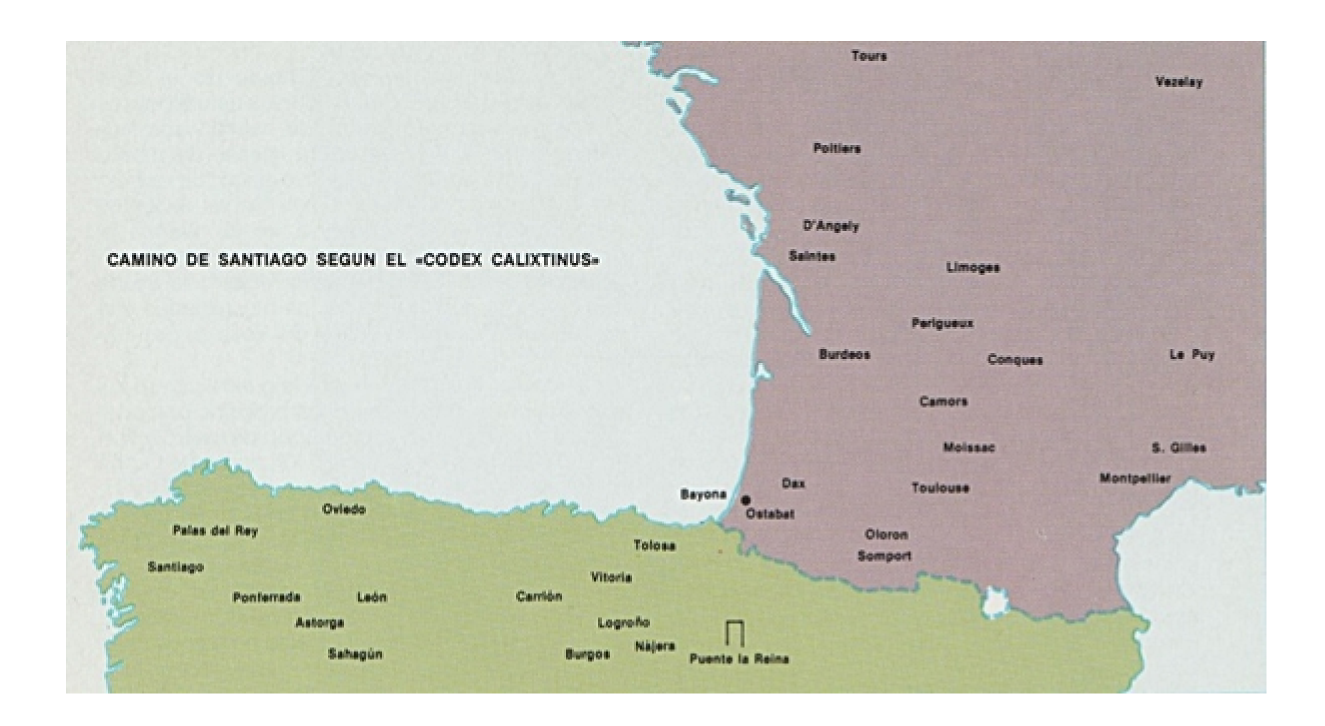
Más que una devoción

Ruta de peregrinación ante todo, el Camino de Santiago es mucho más: es, en primer lugar, una prueba de la clara importancia

histórica y de las consecuencias que puede tener un hecho inexistente o dudoso como el enterramiento de Santiago en tierras gallegas. Poco importa que el cuerpo del Apóstol se conserve o no en Compostela: lo que interesa es que los hombres de la Edad Media lo creyeron así y actuaron en consecuencia y el historiador debe explicar por qué se «inventó» y difundió el culto a Santiago y conocer sus efectos.

El descubrimiento del sepulcro coincide con la llegada al reino asturleonés de mozárabes huidos de las zonas dominadas por los musulmanes y deseosos de manifestar claramente sus diferencias políticas y religiosas con el emir cordobés y con la jerarquía eclesiástica que lo apoya o le está sometida. La ocasión se presenta cuando Elipando, arzobispo de Toledo y primado de Hispania, acepta las teorías *adopcionistas* propagadas por Félix de Urgel. El monarca asturleonés y sus súbditos, dirigidos intelectualmente por los *mozárabes*, se apresuran a acusar de herejía a Elipando —lo mismo hará Carlomagno en tierras pirenaicas— y utilizan esta acusación para romper los vínculos que les unían al primado toledano: la independencia política no es compatible con la sumisión de los obispos dependientes de un poder extraño, y enemigo.

Independiente eclesiásticamente de Toledo y sin contactos con Roma, la cristiandad asturleonesa necesita afirmar su nueva personalidad, y lo hará mediante la restauración de la antigua *metrópoli bracarense* y la transformación de Oviedo —capital política— en cabeza de su iglesia. El descubrimiento del sepulcro de Santiago pudo ser una manifestación más de esta independencia, y, de hecho, sabemos que sirvió para apoyar otra de las ideas defendidas por los mozárabes asturleoneses que conocemos por las crónicas de fines del siglo IX, las cuales, según Sánchez Albornoz, tomarían numerosos datos de un cronicón hoy perdido, redactado un siglo antes, en época de Alfonso el Casto.



Localidades españolas y francesas atravesadas por el Camino de Santiago.



Fachada de la catedral de Santo Domingo de la Calzada.

Para los redactores de estas crónicas, los reyes asturleoneses eran descendientes directos de los monarcas visigodos y, en consecuencia, a ellos correspondía la tarea de reconquistar las tierras antiguamente sometidas a los monarcas visigodos, es decir, de expulsar a los musulmanes e, indirectamente, de reunificar las zonas en poder de los cristianos. León se convertía así en el símbolo de la unidad peninsular y su monarca recibiría de los clérigos, en el siglo X, el título de emperador con el que expresaban, al mismo tiempo, su oposición al emir musulmán —que adoptó por estos años el título supremo de califa— y su hegemonía sobre los demás reyes y condes cristianos. Influido por estas ideas y, sobre todo, por el carácter apostólico de la iglesia compostelana, el abad

Cesáreo de Montserrat pidió y obtuvo de los obispos leoneses, en el año 954, su designación como arzobispo de Tarragona, pero el nombramiento no fue aceptado por los condes y obispos catalanes, para quienes los títulos del monarca leonés carecían de valor y para quienes Compostela no podía equipararse a Roma por el sólo hecho de conservar el cuerpo del Apóstol.

Ciento cincuenta años más tarde, el carácter apostólico de su iglesia y las riquezas acumuladas gracias a los peregrinos permitirían a un obispo emprendedor, Diego Gelmírez, convertir a su sede en arzobispado. Por estos años, comienzos del siglo XII, Roma ha impuesto su autoridad y será ella quien autorice la traslación de la antigua metrópoli emeritense a Santiago hasta que la ciudad extremeña sea arrebatada a los musulmanes. De hecho, Mérida jamás recuperará la sede perdida: los arzobispos compostelanos lograrán que los reyes les hagan la donación de Mérida, antes incluso de ocupar la ciudad, y al independizarse Portugal y dividirse los reinos de Castilla y León, en 1157, será el monarca leonés el primer interesado en que la sede continúe en Compostela para evitar que el reino se halle sometido eclesiásticamente a los arzobispos de Toledo (Castilla) o de Braga (Portugal).

Santiago Matamoros

Vinculado a la independencia del reino asturleonés respecto de la jerarquía eclesiástica sometida a Córdoba, Santiago se relaciona también, y de una forma lógica, con la guerra contra los musulmanes. El descubrimiento de su sepulcro tiene lugar cuando Alfonso el Casto ha puesto fin a la sumisión asturleonesa y ha emprendido campañas victoriosas contra los musulmanes: sus victorias serán atribuidas, por cronistas posteriores, a la ayuda divina, a la intervención de Santiago al lado de los cristianos. La legendaria aparición de Santiago en la no menos legendaria batalla de Clavijo tendría consecuencias importantes y reales: la victoria obtenida sobre los musulmanes habría puesto fin al igualmente

famoso Tributo de las Cien Doncellas pagado a Córdoba por los asturleoneses y éstos, en agradecimiento, se habrían comprometido a dar al Apóstol, a su iglesia, un tributo anual, el voto de Santiago, cuyo pago fue exigido por la sede compostelana hasta fechas recientes y cuyo recuerdo se conserva en la ofrenda al Apóstol hecha por el Jefe del Estado. Castilla, independizada de León, también recibiría la ayuda divina en sus guerras contra los musulmanes y la agradecería mediante el pago del Voto de San Millán.

La vinculación de Santiago a la guerra contra los musulmanes y el interés de los prelados compostelanos por conservar su condición de metropolitanos coinciden, a fines del siglo XII, creada la Orden Militar de los freires de Cáceres. La nueva Orden, fundada en 1170, tiene como objetivo expulsar a los musulmanes de la Península y su campo de acción inicial se circunscribe a las tierras extremeñas disputadas por leoneses, castellanos, musulmanes y portugueses. Para el arzobispo compostelano es vital que Mérida no caiga en manos ni de castellanos ni de portugueses —que podrían restaurar la sede—, y para lograrlo favorece a la nueva Orden a cuyos maestres presentes y futuros, nombra canónigos, y a los freires «vasallos et milites» de Santiago, de cuyo estandarte les hace entrega, así como de la mitad de los votos de las diócesis de Zamora, Salamanca y Ciudad Rodrigo, de todos los de Ávila y con otros bienes —la cuarta parte de Mérida entre ellos— que la Orden poseerá hasta que Alburquerque, Mérida y Cáceres estén alejados de la frontera, es decir, hasta que el arzobispo compostelano esté seguro de que sus derechos sobre Mérida no serán molestados. Desde este momento, 1177, la Orden perderá su nombre primitivo y será conocida con el de Orden de Santiago, hecho que ha llevado a algunos historiadores a afirmar que los santiaguistas tenían como objetivo la defensa de los peregrinos compostelanos.

La fama de Santiago no se limita a los reinos occidentales y pronto sobrepasa el ámbito peninsular. A la ciudad compostelana acuden desde el siglo X obispos y monjes deseosos de rendir culto

al Apóstol y de entrar en contacto con un mundo y con una cultura para ellos desconocidos, pero la peregrinación no adquiere importancia hasta el siglo XI, hasta el momento en que confluyen una serie de circunstancias en las que podemos destacar el auge económico europeo, el triunfo de la *reforma gregoriana* y el fortalecimiento de los reinos cristianos de la Península a expensas de los musulmanes.

Hacia el año mil se observa en Europa un progreso notable que podríamos esquematizar en un fuerte crecimiento demográfico acompañado de un aumento de la productividad y de la extensión de los campos cultivados, y cuyos efectos inmediatos fueron la multiplicación de los contactos entre las distintas poblaciones y la aparición de modos de vida que poco o nada tenían que ver con el mundo rural predominante hasta esta época. El resurgimiento de las ciudades y, con ellas, del comercio a distancia y de la artesanía, y la aparición de un nuevo grupo social, el de los burgueses, son el símbolo del desarrollo europeo, que pronto se hará sentir en los reinos occidentales de la Península.



Nobles ante el rey (miniatura del códice de la Paería, Lérida).



Homenaje de un pueblo a su señor feudal (del Liber Feudorum Centeniae*, siglo* XII*, Archivo de la Corona de Aragón).*

La población desplazada del campo por el aumento demográfico se siente menos unida a su nuevo lugar de residencia y a las iglesias locales, e insensiblemente deja de favorecerlas con sus donativos y ofrendas, que son sustituidos por una nueva forma de devoción más acorde con la movilidad que caracteriza a los grupos urbanos, por la visita piadosa a lugares famosos por sus reliquias y de modo especial a Jerusalén, Roma y Santiago. Por otra parte, ni la ampliación de los terrenos cultivados ni el aumento de la

productividad bastan para cubrir las necesidades de la población europea y ésta busca una salida en el traslado a otros lugares, entre los que la Península ofrece grandes atractivos por disponer de extensas tierras incultas, por ofrecer a los guerreros posibilidades de ver recompensados sus esfuerzos en la lucha contra los musulmanes y por ser un mercado en el que se encuentran productos muy cotizados en el mundo europeo. Piedad e interés aparecen de este modo mezclados en la peregrinación a Santiago, cuya importancia se mantendrá mientras la Península pueda ofrecer a los peregrinos algo más que la satisfacción de su religiosidad.

Confluencia de intereses

Roma favorece indirectamente la peregrinación a Santiago desde el momento en que anima a acudir a la Península y a instalarse en ella a monjes cluniacenses y a guerreros. Los primeros son los principales agentes de la centralización emprendida por los pontífices reformistas y fruto de su actuación serán el cambio del rito mozárabe por el romano y el reconocimiento de la hegemonía del pontífice mediante la infeudación de reinos y condados peninsulares a la Santa Sede. Los caballeros acudirán a las zonas amenazadas por los musulmanes en busca de fortuna, pero también estimulados por Roma, cuyos predicadores enseñan que sólo la guerra contra los infieles es licita. Los pontífices dan ejemplo a los caballeros al organizar y dirigir el ataque y la ocupación de Barbastro en 1064, treinta años antes de que tenga lugar la primera cruzada sobre Jerusalén. Barbastro y Jerusalén sirven a Roma para poner fin a las guerras internas y son prueba del supremo poder pontificio manifestado en el acatamiento de su autoridad por guerreros de diversos orígenes.

La llegada y asentamiento de estos peregrinos son estimulados por los monarcas peninsulares, para los que sólo beneficios puede aportar esta corriente inmigratoria. Alfonso VI de Castilla y Sancho Ramírez de Navarra eximen de peajes y portazgos a los peregrinos,

garantizan la seguridad del viaje y lo facilitan mediante la reparación de caminos y puentes y, ante todo, mediante la creación de hospitales y ciudades en las que los peregrinos puedan hallar cuanto necesiten. El interés de los monarcas navarroaragoneses y castellanoleoneses no radica sólo en facilitar el paso de los peregrinos; sus reinos necesitan hombres de armas, pobladores que cultiven las tierras abandonadas y artesanos y mercaderes que atiendan a las necesidades de los peregrinos y revitalicen la economía al ponerla en contacto con los modelos europeos.

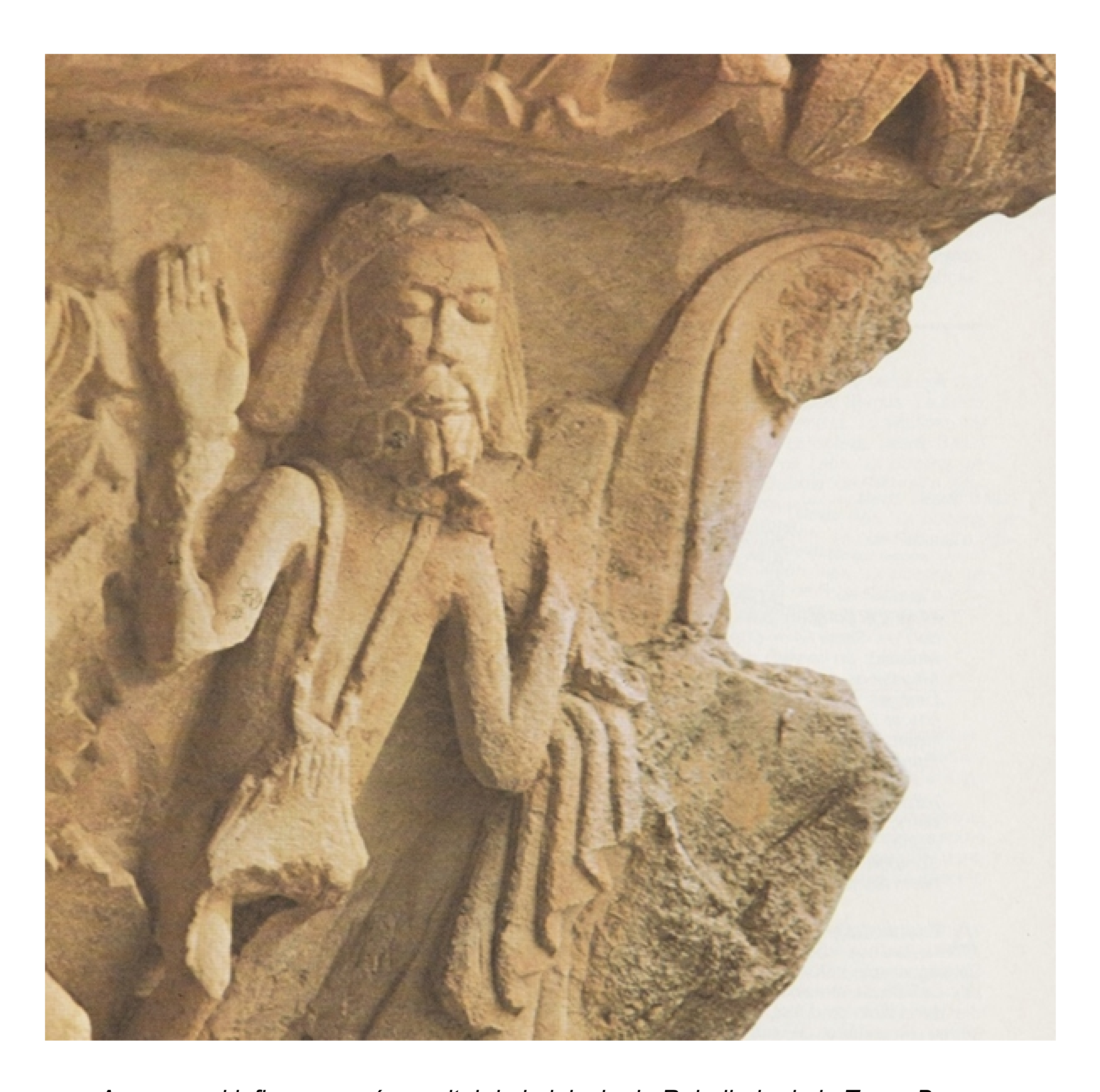
Las primeras medidas tendentes a lograr el asentamiento de estos grupos son tomadas por Sancho Ramírez al conceder privilegios a los francos (extranjeros) que quieren poblar la capital de su reino, Jaca. Entre Pamplona y Nájera la distancia es excesiva para los peregrinos, y el rey les facilita el viaje con la creación de una nueva ciudad, Estella, a la que se otorga el fuero de los francos de Jaca en 1090 y en la que sólo se admiten francos. Este fuero se extiende más tarde a Sangüesa, Pamplona, Puente la Reina, Monreal, Logroño, Santo Domingo de la Calzada…

En el resto de las poblaciones del Camino disminuye el elemento franco hasta llegar a Sahagún, donde Alfonso VI cede el monasterio a los cluniacenses en 1079 y donde el abad otorga, hacia 1085, un fuero que facilita el asentamiento de «herreros, carpinteros, sastres, pelliteros, zapateros…» de todos los países. Población franca es igualmente, en la gran mayoría, la de Santiago donde pertenecen a este grupo muchos posaderos, cambistas, plateros y clérigos, especialmente desde el momento en que se acentúa la influencia cluniacense.

Ruta de peregrinación y lugar de asentamiento de la población franca, el Camino es también una vía comercial a la que acuden mercaderes musulmanes y europeos a intercambiar sus productos: en el siglo XII, las comunicaciones entre la Valencia musulmana y Zaragoza sólo eran seguras integrándose en las caravanas de mercaderes que se dirigían a la capital aragonesa para después unirse a los peregrinos. Santiago de Compostela es el centro entre

ambas economías y a la ciudad acuden por tierra y por mar mercaderes de todas las procedencias, como los ingleses, llegados en 1130 con mercancías de valor de más de 22.000 marcos de plata y acompañados de mercaderes de paños procedentes de Flandes. Las riquezas transportadas por los peregrinos suscitan pronto la codicia de salteadores, hasta el punto de que Diego Gelmírez se vio obligado a crear una flota de expertos pisanos y genoveses, llegados, como otros tantos italianos, siguiendo la ruta de peregrinación y comercio.

Los intercambios comerciales van acompañados de los culturales. Peregrinos, monjes y guerreros introducen, a través del Camino, la organización feudal característica de sus tierras de origen y, también, el espíritu de libertad de los burgueses europeos, sus conceptos del arte y sus formas literarias. El Camino es una ventana abierta a Europa y, al mismo tiempo, es la primera vía de acceso a la cultura griega conservada por los musulmanes y a la ciencia desarrollada por éstos, cuyo conocimiento modificará sustancialmente el panorama cultural europeo.



Avaro en el infierno, según capitel de la iglesia de Rebolledo de la Torre, Burgos.



Iglesia de San Martín de Frómista, Palencia.

A lo largo del Camino surgirán centros culturales de gran interés, como las escuelas catedralicias de Santiago y de Palencia o la llamada escuela de traductores de Tarazona, en la que hispanos y europeos traducen al latín, en el siglo XII, obras de astronomía, matemáticas, astrología, alquimia y filosofía.

Durante el siglo XII y gran parte del XIII el Camino, en su triple carácter religiosoeconómicocultural, mantiene su importancia, pero el avance de las fronteras cristianas hacia el sur hace perder vitalidad a Compostela. Los mercaderes pierden interés en el Camino al abrirse el Estrecho de Gibraltar y perfeccionarse la navegación en el Cantábrico: Burgos y Sevilla serán preferidas a Santiago como centros de comercio. Toledo y las ciudades recientemente conquistadas a los musulmanes tienen más atractivo para los estudiosos europeos, y Salamanca sustituye a los centros de estudio de Palencia y Santiago. El Camino recobra así su primitivo carácter religioso a costa de perder importancia durante los siglos XIV-XV. Las mordaces criticas de los humanistas y reformadores y la eneralización de las guerras religiosas de Europa, a lo largo del siglo XI, acentuaron la decadencia del Camino, que nunca volvería a tener la importancia alcanzada en los años de Diego Gelmírez, comienzos del siglo XII, época en la que fue escrito

por el francés Aymerico Picaud el *Liber Sancti Iacobi* o primera guía de los peregrinos jacobeos.

Todos los caminos llevan a Santiago

Son cuatro los caminos a Santiago, que en Puente la Reina, ya en tierras de España, se reúnen en uno sólo.

Va uno por Saint-Gilles, Montpellier, Toulouse y el Somport; pasa otro por Santa María del Puy, Santa Fe de Conques y San Pedro de Moissac; un tercero se dirige allí por Santa Magdalena de Vézelay, por San Leonardo de Limoges y por la ciudad de Périgueux; marcha el último por San Martín de Tours, San Hilario de Poitiers, San Juan d'Angély, San Eutropio de Saintes y Burdeos.

El que va por Santa Fe y por el de San Leonardo y el de San Martín se reúnen en Ostabat y, pasado Port de Cize, en Puente de la Reina, se unen al camino que atraviesa el Somport y desde allí forman un sólo camino hasta Santiago.

Así comienza el «Libro V del Apóstol Santiago», la famosa «Guía Medieval del Camino de Santiago», que constituye el último libro del *«Codex Calixtinus»*, precioso códice al cual José Bédier dio el título de «Liber Sancti Jacobi», basándose en el primero de sus versos: «justamente signado, Santiago este libro es llamado».

Aunque todo el «Liber Sancti Jacobi» se da como obra del Papa Calixto II, parece ser que su Guía final se debe a la pluma del «Pictausensis Aymericus Picaudus», autor asimismo del canto «Ad Honorem Regis Summi» que se halla en el Apéndice del «Codex Calixtinus». Aymerico Picaud fue un presbítero poitevino, a quien

Vázquez de Parga imagina «como un clérigo vagabundo, familiar de los caminos que llevaban a los santuarios más famosos y concurridos, desde Jerusalén a Compostela».

Según la carta del Papa Inocencio, que también figura en el Apéndice del *Calixtino*, Aymerico Picaud fue —con Oliver de Iscán y Gerbega de Flandes, compañera suya— uno de los que «donaron a Santiago de Galicia por la redención de sus almas… este Códice, compuesto primeramente por el Papa Calixto».

Cuatro son los caminos franceses que describe Aymerico:

Vía *Tolosana*. por la cual caminaban los peregrinos de Italia y Oriente, que entraban por Jaca en tierra hispánica.

Vía *Podensis*. que arrancaba de Nôtre-Dame-de-Puy, recogiendo a los demás peregrinos que venían de Europa Oriental.

Vía *Lemovicensis* —o lemosina—, que, procedente de la Borgoña, reunía en Vézelay a los peregrinos de las Ardenas, Bélgica, la Champaña y la Lorena.

Vía *Turonensis*, la más occidental e importante de las rutas jacobeas, «Magnum iter Sancti Jacobi». Partía del propio París y por atravesar Tours recibía su nombre. Pasaba después por el Poitou, en el país natal de Aymerico Picaud.

Por cierto que Aymerico dejó de consignar en su «Guía» otras dos entradas menores del Camino de Santiago. Fueron ellas (según detalla Gaspar Gómez de la Serna en «Del Pirineo a Compostela. Nueva Guía del Camino de Santiago»): La entrada costera, que bordeaba el Golfo de Vizcaya y pasaba por Irún, para recorrer luego toda la cornisa del Cantábrico. La otra entrada, iniciada en Narbona, bajaba por Perpiñán a la tierra gerundense.

Ya metidos en la Península, las jornadas que habían de recorrer los peregrinos jacobeos para alcanzar Compostela eran, siguiendo el relato de aquel singular guía del siglo XII, las que a continuación transcribimos:

Desde el Somport hasta Puente de la Reina hay tres jornadas. La primera es desde Borce, que es lugar situado al pie de Somport

contra Gascuña, hasta Jaca. La segunda es desde Jaca hasta Monreal. La tercera es desde Monreal a Puente la Reina.

Desde Port de Cize se cuentan trece jornadas hasta Santiago. La primera es desde la villa de Saint Michel, que está al pie de Port Cize hasta Gascuña, hasta Viscarret, y ésta es pequeña. La segunda es desde Víscarret a Pamplona, y ésta es corta. La tercera es desde la ciudad de Pamplona hasta Estella. La cuarta, evidentemente para andarla a caballom es desde Estella hasta la ciudad de Nájera. La quinta, igualmente para jinetes, es desde Nájera hasta la ciudad llamada Burgos. La sexta es desde Burgos a Frómista. La séptima, de Frómista a Sahagún. La octava, desde Sahagún hasta la ciudad de León. La novena, de León a Rabanal. La décima, de Rabanal a Villafranca, en la boca del valle de Valcárcel, pasado el puerto de Monte Irago. La undécima, desde Villafranca hasta Triacastela, pasado el puerto de monte Cerebro. La duodécima, de Triacastela a Palas. En fin, la decimotercera es desde Palas hasta Santiago y ésta es corta.



Figura del apóstol en el parteluz del Pórtico de la Gloria.

Desviaciones

Utilizamos la traducción del «Codex Calixtinus», que fue realizada por Abelardo Moralejo, Casimiro Torres y Teo García en 1951 y editada por el Instituto P. Sarmiento de Estudios Gallegos.

La nota del doctor Moralejo resume magistralmente las desviaciones que, en principio, sufrió dentro de las tierras hispánicas

la gloriosa y peregrina senda, hasta quedar tal como la ha descrito Aymerico Picaud. Hela aquí:

Este camino único que seguía desde Puente la Reina de Navarra a Santiago era el llamado «camino francés» (vía Francigena). Primitivamente este camino iba a través de los valles de Álava y Asturias por temor a los moros, y era muy penoso. Sancho el Mayor de Navarra lo mudó a principios del siglo XI a la tierra llana por Logroño, Nájera, Briviesca, Amaya y Carrión, aprovechando una antigua vía romana. Pero hacia fines del siglo, Santo Domingo de la Calzada lo rectificó, dirigiéndolo más al sur por Belorado y Burgos, y Alfonso VI, apoyando y ensanchando los planes del santo, construyó los puentes necesarios desde Logroño hasta Santiago.

Por esa arteria central del Reino —concluye la nota con esta cita de Menéndez Pidal— corrió la vida europea, traída por continuas turbas de devotos y mercaderes; a trechos la corriente se remansaba y los viajeros se convertían en colonos, pobladores de barrios enteros, llamados «barrios de francos», en las ciudades del camino.

R. Borobó

La burguesía, fenómeno social en el camino

Por José María Lacarra

Catedrático de Historia Medieval.
Universidad de Zaragoza

EL camino de Santiago no es sólo una ruta de peregrinación. Es también la vía que más había de contribuir a la reactivación de la vida económica de la España cristiana y a su renovación social en los siglos XI y XII. La devoción o la simple curiosidad de las gentes que se ponían en camino provocaría así otros efectos no previstos, pero muy importantes, sobre la sociedad hispana.

La peregrinación, que había comenzado siendo un culto local en tierras de Galicia, alcanzaría en los siglos XI y XII un éxito inesperado: diríamos que explosivo. Las rutas empiezan a llenarse de peregrinos, procedentes de toda la Europa cristiana, y los reyes de Castilla y de Aragón, por devoción o por conveniencia, favorecen su llegada.

La primera medida que tomó Alfonso VI al volver de su destierro de Toledo, en 1072, fue suprimir el portazgo que debía pagarse a la entrada del reino de Galicia: quería, dice, hacer algo en beneficio de su alma y en provecho de los demás pueblos, no ya de España, sino de Italia, Francia y Alemania. Por su parte, Sancho Ramírez eximia de todo pago a los peregrinos que entraban por Jaca o por Pamplona.

En el paso de Somport surgió el Hospital de Santa Cristina, uno de los tres grandes hospitales del mundo, según la «Guía de los Peregrinos» del siglo XII. En Roncesvalles se levanta un hospital, que tan emotivos recuerdos evocaría a todos los caballeros y peregrinos de la Edad Media. En Burgos estaba el famoso Hospital del Rey. Otro hospital había en el Monte Cebrero, a la entrada de Galicia, pasado el puerto de Valcárcel. Alfonso VI cuidó de reparar todos los puentes desde Logroño hasta Santiago. Domingo, un ermitaño establecido a orillas del río Oja, construyó su puente y una hospedería que daría origen a la actual villa de Santo Domingo de la Calzada. A su discípulo, San Juan de Ortega (1080-1163), se atribuye la reparación de todos los puentes y calzadas que iban desde Logroño a Burgos.

La peregrinación, como el turismo en nuestros días, provocará una intensa actividad comercial en los lugares de la ruta. Aparecen mercados locales donde los peregrinos se proveen de lo necesario para el viaje, cambian sus monedas y a la vez colocan otros productos, pues no faltan quienes aprovechan la peregrinación para dedicarse al comercio. Por eso, en el arancel que regia en tiempo de Sancho Ramírez (1076-1094) para los puertos de Pamplona y Jaca, se prevé que si los peregrinos llevan productos para vender, deben pesarse los fardos a la ida y a la vuelta, y pagar la diferencia.

En el siglo XI, Sancho Ramírez crea en Jaca una ciudad para acoger mercaderes extranjeros y en 1090 funda la villa de Estella para promediar la etapa desde Pamplona a Logroño. Alfonso VI da para Logroño un fuero al que pueden acogerse franceses y españoles (1095): en Nájera encontramos por estas fechas un barrio del mercado y otro de las tiendas. Santo Domingo de la Calzada, Belorado y, sobre todo, Burgos, conocerán una actividad comercial inusitada. En Sahagún se van concentrando, al amparo de la *abadía cluniacense*, artesanos y mercaderes extranjeros de las más variadas procedencias. León verá desarrollarse su recinto urbano fuera de los muros romanos, y allí radicará su mercado. Astorga, Villafranca del Bierzo, Arzúa, y no hay que decir que la propia

ciudad del Apóstol, se llenarán de extranjeros que ejercen de posaderos, pero sobre todo de mercaderes, cambiadores de moneda y artesanos, que venden medallas, conchas, cruces, azabaches y otros recuerdos de la peregrinación. En Oviedo, otro centro relacionado con la peregrinación compostelana, encontramos por estas fechas un núcleo importante de población extranjera.

El derecho jacetano

Su procedencia es muy variada. Aunque se les conoce con el nombre de «francos», acuden de toda la Europa cristiana. A Sahagún, según refieren sus crónicas, llegaron gascones, bretones, alemanes, ingleses, borgoñones, normandos, tolosanos, provenzales, lombardos «e otros muchos negociadores de diversas naciones e extrañas lenguas». La mayoría, sin embargo, llegan de tierras francesas y la ruta que recorren se conoce con el nombre de *camino francés*. «Franco» es también el hombre exento, libre, privilegiado, y, en efecto, reyes y prelados les dan toda clase de facilidades para establecerse en sus tierras al ver acrecentada la riqueza de sus reinos con hombres trabajadores, ricos e industriosos.

En el primer fuero que recoge esta tendencia protectora del hombre de la ciudad —el de Jaca— se señalan penas para el que falsee los pesos y medidas: se facilita la adquisición de inmuebles con la prescripción de año y día: se garantiza la libertad personal, dando fiadores idóneos: la inviolabilidad del domicilio, la paz de la ciudad: se reducen considerablemente las obligaciones militares de los nuevos vecinos; todos los vecinos estarán en adelante sujetos al fuero y autoridad locales, frente a cualquier otra justicia extraña.



Página de las Cantigas *de Alfonso X el Sabio.*

Los francos o extranjeros así establecidos tienen sus autoridades propias, distintas de las que el rey pueda tener en la ciudad, autoridades de carácter judicial y administrativo, que pueden dictar ordenanzas e imponer a sus contraventores multas destinadas al provecho del común (murallas, obras públicas, etc.). Sus autoridades judiciales irán creando un derecho especial en materia civil, penal, procesal o mercantil, tan sólo aplicable a los que disfrutan de la vecindad del burgo. El derecho jacetano pronto se

extiende a otros burgos poblados en circunstancias análogas. En 1187, decía Alfonso II de Aragón: «Sé que desde Castilla, Navarra y otras tierras suelen venir a Jaca para aprender las buenas costumbres y fueros y llevarlos a las suyas».

Al cabo de una o dos generaciones, la estructura económica y social de la España del norte ha conocido importantes transformaciones. En el siglo XII la población de Nájera aparecía repartida entre francos y castellanos: en Belorado hay un juez para los francos y otro para los castellanos: en Sahagún, dos *merinos*. uno franco y otro castellano: en Oviedo los francos tenían también su propio juez. En Navarra la separación entre los llegados y los indígenas es más radical, ya que se prohíbe expresamente que en los barrios poblados por francos y acogidos a su derecho habiten navarros, aunque sean clérigos o nobles.



Tienda de tejidos según miniatura de las Cantigas*.*

Sociedad urbana

Esta situación privilegiada de unos extranjeros que además disfrutan de un más elevado nivel de vida, suscitaría resquemores y aun violencias por parte de los nativos, concentrados en las Navarrerías. En 1180, los vecinos del burgo de San Saturnino (San Cernín), de Pamplona, acordaron expulsar a todos los navarros que se habían ido instalando en él: en 1276, los burgos de francos asaltaban y destruían la Navarrería de Pamplona. Pero se trata de un caso excepcional, en el que se interfieren otros asuntos de política nacional.

Así, pues, en una España de economía esencialmente agrícola, de estructura cerrada —en la que las gentes de la misma aldea consumen aproximadamente lo que producen— se ha introducido una extraordinaria reactivación en los cambios. Ante unas rígidas estructuras sociales —de guerreros, clérigos y labradores— el país se ha abierto hacia nuevas formas de vida.

La repoblación de la ruta de Santiago en el breve espacio de una o dos generaciones, tendrá también repercusiones desde el punto de vista urbanístico, al igual que la oleada turística de nuestros días deja su intensa impronta en nuestras ciudades costeras. La traza de los nuevos poblados será variada, según se trate de ciudades de nueva creación o de ampliación de otras ya existentes, pero sus calles serán casi siempre rectas y regulares: planificación urbanística frente a crecimiento espontáneo, agrupación de viviendas frente a dispersión.

En Jaca se distinguen perfectamente dos núcleos anteriores, uno real y otro eclesiástico, que serán enlazados por la cuadrícula del nuevo burgo. La novedad jurídica que entraña la instalación de burgueses en Jaca se aprecia en el contorno cerrado, que pronto se refuerza con murallas que incluirán a los dos núcleos iniciales, pues ambos son absorbidos por el derecho de los nuevos pobladores.

Otro es el caso de Pamplona, donde los francos son instalados por el obispo en un medio hostil. El trazado hexagonal del recinto de

San Cernín, de calles rectas, cercado y separado de sus vecinos de la Navarrería por un espacio vacío, «tierra de nadie», abierta a todos los conflictos, es un buen ejemplo de la ciudad planificada. Pese a dedicarse sus vecinos al comercio, el burgo carece de plazas, y el mercado semanal se celebra extramuros, al final de la calle Mayor. Un planteamiento análogo se hace, a comienzos del siglo XII, al instalar burgueses en Sangüesa, acogidos también al fuero de Jaca. El trazado de su recinto y calles recuerda al de Pamplona. Pero pronto se renunció a hacer del nuevo burgo una población exclusiva de extranjeros, y los nuevos pobladores rebasaron el recinto primitivo, que puede fácilmente reconocerse en la planta de la ciudad.

Típicas ciudades de la ruta de Santiago, conservadas tal como fueron planificadas en el siglo XII, son Puente la Reina, en Navarra, y Santo Domingo de la Calzada, en Logroño. Planta rectangular, cuyo eje es la ruta de peregrinos, con una o dos calles paralelas: antes de llegar al burgo, y extramuros, un hospital o lazareto: pasado el burgo estaba el puente, que había dado origen a la población. El Hospital del Crucifijo, de Puente la Reina, al igual que otros de la ruta, tenía a la derecha la capilla y a la izquierda el hospital, ambos unidos por una bóveda, bajo la cual iba el camino.

Otros centros urbanos se fueron creando a lo largo del camino, que no siempre responden a una planificación, aunque sus viviendas se alinean de forma más o menos regular. El Logroño primitivo estaría formado por una o dos calles, la rúa vieja y la calle Mayor, que arrancaban del viejo puente levantado sobre el Ebro. Castrojeriz primero estaba instalado, en el siglo IX, en lo alto de un cerro pelado que le da nombre: al perder el valor estratégico que le dio la Reconquista, ganó un puesto importante como ciudad de camino. Su larga calle Mayor, que bordea el cerro, se fue llenando de albergues, hospitales y de magnificas iglesias que hoy pregonan un espléndido pasado.

Rápido desarrollo

La peregrinación influyó en forma distinta sobre las ciudades que tenían vida propia antes de que aquélla alcanzara su pleno desarrollo. Tal es el caso de Burgos y de León.

El primer núcleo de Burgos se forma al pie del castillo, en su ladera sur, y su centro era la actual calle de Fernán González, donde estaban las tiendas, alberguerías y hospitales. En el siglo XI el recinto resulta pequeño y se extiende por la vega que iba entre el Vena y el Arlanzón. La cuadrícula formada entre la calle de San Juan y el Arlanzón responde a esta ampliación urbana: en su extremo estaba la calle de Francos, luego llamada de Carnicería, y el barrio de San Lorenzo será barrio de mercaderes. Pero la ciudad sigue creciendo con rapidez, desparrramada, sin planificación alguna y con numerosos hospitales extramuros. En el siglo XII tenía once parroquias y se prolongaba ya por la orilla izquierda del Arlanzón.

León, que en el siglo X era la primera y aún única ciudad del reino, se extendía fuera de los muros romanos antes de que llegara la gran corriente de peregrinos. El nuevo burgo se forma en torno a la iglesia de San Martín, y a fines del siglo XI constituía un suburbio bien definido de carácter exclusivamente comercial. En el año 1097 tendría de cuatrocientos a quinientos habitantes. Los francos se habían ido instalando, hacia 1080, al margen de este suburbio y en 1092 erigieron una iglesia bajo la advocación de Santa María del Camino. Su arteria principal *(rua francorum)* era calle de extraordinaria longitud a comienzos del siglo XII: entre ella y el antiguo núcleo de San Martín quedaban espacios poco poblados que se llenaron con un dédalo de calles.

Astorga también se verá afectada, aunque en menor medida, por la llegada de peregrinos. A su recinto urbano, amurallado, se le agregan nuevos arrabales. En 1173 se cita la «rúa de los francos», en el arrabal de Rectivia, por donde iba el camino de Santiago. La

antigua sede episcopal adquiere nuevo dinamismo con la instalación de mercaderes y artesanos.

La afluencia masiva de colonizadores extranjeros duró aproximadamente un siglo. Su presencia se reflejará en la renovación que experimentan las ciudades del camino. Las concebidas como recintos cerrados recibirán nuevos burgos adosados, y las sucesivas ampliaciones se reconocen bien en su actual trazado urbano.



Claustro románico de San Juan de la Peña, Huesca.



Iglesia románica de San Pedro de Tejada, Burgos.

En Pamplona, junto al burgo de San Cernín, se levanta en el siglo XII la población de San Nicolás, bien planificada, con dos calles principales, cerrada con muros y separada del burgo de San Cernín por un «fosado», que será muy discutido por ambas poblaciones. Cuando a comienzos del siglo XIV se reconstruye la Navarrería, que había sido arrasada en 1276, será también objeto de una planificación bien estudiada. Estella se proyecta en 1090 como una ciudad de camino, con sus tiendas y posadas: «rúa de las tiendas» y «rúa de San Nicolás». Pero a diferencia de otras ciudades del

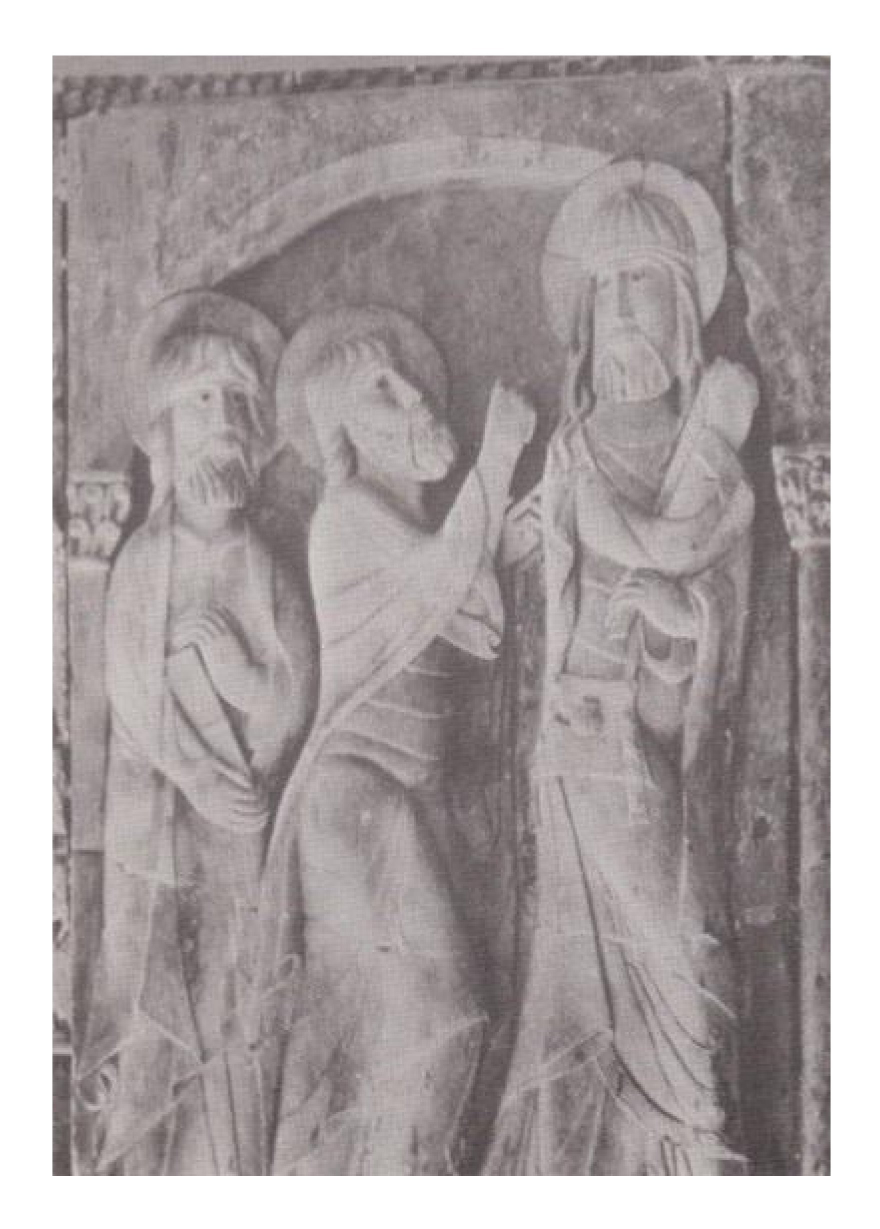
camino —Puente la Reina o Santo Domingo de la Calzada—, que no tienen una actividad comercial destacada, en Estella se celebran mercados semanales de carácter regional, que tienen lugar fuera de su recinto. Así, el llamado Mercado viejo dará lugar a la nueva población de San Miguel, y junto a ella se planean otras dos, la Población del Rey (San Juan) y la de San Salvador del Arenal, aquélla con una gran plaza proyectada *ex profeso* para celebrar mercados. No hay que decir que en estas dos nuevas poblaciones, que se desarrollan en la segunda mitad del siglo XII, se admiten ya como pobladores tanto a francos como a navarros.

En la misma ciudad del Apóstol, que todo lo debe a la peregrinación, pueden reconocerse todavía, por el trazado de sus calles, dos recintos: uno interior desde la calle de la Azabachería y Preguntoiro hasta la Puerta Fajera, y otro adosado a él hacia el norte, ambos cerrados y fortificados con un sólo muro cuando menos en tiempo de Gelmírez. La Guía de los Peregrinos nos habla de las siete puertas que daban acceso a la ciudad, y que pueden reconocerse en nuestros días. Es de advertir que el primer recinto supone ya el desarrollo de un exiguo núcleo primitivo agrupado en torno al sepulcro de Santiago. La primera ampliación del núcleo iría desde la calle *Sequelo* (hoy de Gelmírez) hasta la citada Puerta Fajera, y comprendía las rúas Nueva y del Villar.

Todo estaba dispuesto en la ciudad para acoger al peregrino, satisfacer sus necesidades o pequeños caprichos y para que se llevara un grato recuerdo de su visita. Si las autoridades municipales cuidan hoy estas tareas urbanísticas, en Compostela incumbían al señor de la ciudad, que era el arzobispo. Los peregrinos entraban en Santiago por la puerta hoy llamada del Camino (*Francigena*), seguían por la Azabachería, para llegar a la catedral por la puerta de este nombre. A ambos lados de la calle todo eran tiendas, posadas y casas de cambio. Fuera de muros, diversos arrabales, especialmente el de la rúa de San Pedro, albergaban a peregrinos y viajeros.

«Cuando nosotros los franceses —dice la Guía de los Peregrinos — queremos entrar en la basílica apostólica, entramos por la puerta norte, ante cuya entrada está, junto al camino, la hospedería de los peregrinos pobres»: desde allí al final de un atrio de nueve escalones de bajada, llegaban a «la admirable fuente, sin par en todo el mundo». Tenía ésta tres escalones de piedra, sobre los que iba una bellísima taza, en la que podrían bañarse cómodamente quince hombres, según la misma Guía: en medio había una columna de bronce, y sobre ella cuatro leones que echaban por su boca chorros de agua que eran el deleite de peregrinos y ciudadanos. La fuente había sido erigida por el tesorero de Santiago, en 1122, siguiendo instrucciones de Gelmírez. Este vio cómo los peregrinos «andaban día y noche en busca del agua necesaria para beber y para otros usos, sin encontrarla»: gastaban en agua lo que debían gastar en comer, y con frecuencia sufrían sed. Así, hizo llegar el agua desde una milla de distancia, construyendo un acueducto y los canales necesarios.

Esta plaza, de unos veinte metros, seria el lugar de concentración de los peregrinos. Allí estaban los tenderetes donde compraban las conchas, botas para vino, zapatos, morrales de piel de ciervo, bolsas, correas, cinturones y todo lo que podía apetecer el peregrino curioso y necesitado. De la monumentalidad de la basílica, de sus puertas, torres, sepulcro y altar del Apóstol, nada diremos. Sólo una parte de lo construido en tiempo de Gelmírez ha llegado hasta nosotros, pero lo conservado y las descripciones de la época nos dan idea del cuidado puesto por el arzobispo para que los peregrinos guardaran un recuerdo imborrable de su visita.



Relieve del claustro de Silos, Burgos.

Las vías del geógrafo Idrisi

Al Idrisi o Edrisi nació en Ceuta el año 1100 a. Cristo y es autor de una gran obra geográfica titulada *Nuzhac al Mustac Fi Ijtirac al Afac (Recreo del que ansia recorrer los horizontes del mundo)*. Después de educarse en Córdoba y residir en África del Norte pasó a trabajar con el Rey Roger II de Sicilia en la corte de éste en Palermo. Se le llamó el Estrabón árabe y el Geógrafo de Nubia, y sigue a Tolomeo y al español Orosio en sus concepciones geográficas. Es notable también que anticipa la proyección de Mercator. Sus mapas llamados «Idrisi Mayor» e «Idrisi Menor», fueron publicados en Alemania en 1926. Había viajado por Asia Menor, conocía Lisboa, el norte de África y la España musulmana, pero no al parecer la España cristiana, de la que debió obtener información a través de varios individuos, entre ellos un portugués o gallego y un castellano. Del templo jacobeo y de la ciudad de Santiago habla así:

> *Esta insigne iglesia, adonde concurren los viajeros y se dirigen los peregrinos de todos los ángulos de la cristiandad, no cede en tamaño más que a la de Jerusalén, y rivaliza con el Templo de la Resurrección (o Santo Sepulcro), por la hermosura de las fábricas, la amplitud de su distribución y lo crecido de sus riquezas y de los donativos que recibe. Entre grandes y pequeñas hay sobre trescientas cruces labradas de oro y plata, incrustadas de jacintos, esmeraldas y otras piedras de diversos colores y cerca de doscientas imágenes de estos mismos metales preciosos. Atienden al culto cien sacerdotes, sin contar los acólitos y otros servidores. El templo es de piedras unidas con cal y lo rodean las casas de los sacerdotes, monjes, diáconos, clérigos y salmistas. Hay en la ciudad mercados muy concurridos y así cerca como lejos de ella, aldeas grandes.*

Describe estos cuatro caminos jacobeos: 1.º El «Camino francés»; 2.º Santiago-Bayona por mar; 3.º Coimbra-Santiago por tierra; 4.º Coimbra-Santiago por mar.
Recogemos el itinerario Santiago-Bayona por mar en la versión del Idrisi hecha por Saavedra Moragas:

> *Desde la iglesia de Santiago, la Costa del Océano Tenebroso hace un recodo para dirigirse de Occidente a Oriente, con alguna inclinación al sur hasta tocar en Bayona. Para ir de Santiago a esta ciudad por el litoral, se toma desde Santiago a la ría de Tamarco (ensenada de Puebla del Déan), grande y abrigada; después a la punta que sobresale mucho en la mar (Cabo Corrubedo) y luego al Agua Roja (Ría de Noya, en la que desemboca el Tambre). Este es un río considerable, junto al cual yace una gran iglesia (monasterio de Sobrado, junto al nacimiento del Tambre), cerca de Port Tama (San Pedro de Porta), y en sus orillas hay muchos cantones con aldeas y campos cultivados, distando de Santiago cuarenta y dos millas.*
> *Del Agua Roja hay seis millas a Amada (villa de Cea, en el fondo de la ría de Corcubión, al pie del monte Armadá), castillo grande inmediato al mar, con campiñas y lugares numerosos; y luego se pasa al Castillo del Faro (La Coruña), que es muy importante y mantiene vestigios de una iglesia notable. Llégase a las 60 millas al río de Ortigueira, donde entran las mareas y junto al cual hay un fuerte llamado Monte Serio de Baleyo (Peña Seira, junto al río Baleo), en cuya jurisdicción se recogen gran cantidad de frutos diversos. A otras sesenta millas se llega al río de Colombera (río Saja, que desemboca en la ría de Suances, provincia de Santander), de ancha boca, donde entra el mar; en sus orillas hay una atalaya elevada y a corta distancia la iglesia de (Santa) Juliana (Sanillana). A 30 millas sale el río de Sinadria (Aguera o Mayor), que aunque pequeño, tiene ancha la entrada, donde fondean los barcos y allí está la iglesia de San Pedro. Luego se corren 45 millas hasta el gran río de Regina (Bidasoa) sobre el cual está la iglesia de San Erdamo (San Telmo); recibe la marea, posee hermoso puerto, numerosas islas cultivadas obstruyen su corriente y sus orillas tienen bastante población. Desde este río hay 50 millas al de (San) Salvador de Olobide (San Salvador de Urdax, monasterio a orillas del río Orobide, afluente del Nivelle), que es grande, sus aguas se aprovechan para la agricultura y hay muchas aldeas y dilatados campos en sus cercanías. Treinta millas después está el cabo Pesquer (Punta de Biarritz o Portaux Pécheurs), junto al cual se halla la ciudad de Bayona.*

J. Tobio



Cortesanos frente al rey, según miniatura del beato de Liébana*, siglo x (colegio de la Santa Cruz, Valladolid).*

Burgueses contra feudales

Por Julio Valdeón

Catedrático de Historia Medieval. Universidad de Valladolid

A lo largo de la ruta que conducía a Compostela florecieron numerosos burgos, en los que se asentaba una población que tenla, como ocupaciones esenciales, la artesanía y el comercio. En la mayoría de las ciudades del camino, desde Pamplona hasta Santiago, pasando por Logroño, Burgos, Sahagún, León, Astorga, etc., se establecieron grupos de personas procedentes de diversos

países europeos, aunque esencialmente de Francia. Esas gentes se instalaban en un barrio especial, cerca del lugar en donde se celebraban los mercados, por lo general en las afueras del núcleo de población inicial. Se les conocía por la denominación de francos, debido a las libertades y exenciones que habían conseguido.

Revueltas comunales

En la sociedad feudal la contradicción básica se establecía entre los «señores» (nobles laicos o altos dignatarios eclesiásticos) y los «campesinos». Los burgueses, aunque alejados de los privilegios de que gozaban los miembros de los estamentos nobiliar y eclesiástico, podían parecer en principio, debido al tipo de actividades económicas que desempeñaban, al margen de ese enfrentamiento cardinal. Ahora bien, los burgos, y por consiguiente los habitantes que en ellos residían, se encontraban bajo la dominación de la clase feudal, que era la que tenía todos los resortes del poder. No obstante, los burgueses, miembros de una clase social incipiente, pero en expansión, conscientes de la fuerza que iban adquiriendo, protagonizaron durante los siglos XI y XII una lucha tenaz contra los señores feudales.

Agrupados en comunas, se juramentaban para arrancar unas libertades personales y una autonomía de gobierno que juzgaban indispensables. Son las famosas «revueltas comunales», que se desarrollaron por todo el Occidente de Europa.

El Camino de Santiago fue escenario, durante la primera mitad del siglo XII, de conflictos sociales que presentan indudables similitudes con los acaecidos más allá de los Pirineos. En Sahagún, Carrión, Lugo, Santiago, etc. se produjeron revueltas diversas, en las que siempre aparecían como protagonistas principales los burgueses. Es verdad que en el estallido de esas conmociones influyeron muchos factores específicos de las circunstancias por que atravesó el reino castellanoleonés en la primera mitad del siglo XII.

Pero las revueltas burguesas de las ciudades de la ruta jacobea hay que explicarlas históricamente en el mismo contexto que la de otros países europeos.

Es difícil conocer con cierto detalle las revueltas que se produjeron en algunas ciudades de la ruta jacobea en el siglo XII, pues las fuentes son francamente escasas. No obstante de dos de ellas, la de Sahagún de los años 1110-1117 y la de Santiago de 1116-1117, se conservan unos testimonios excepcionales, el «Anónimo de Sahagún» para la primera y la «Historia Compostelana» para la segunda. De ahí que sean las revueltas mejor conocidas. No hay que olvidar que esas fuentes, antes mencionadas, fueron escritas desde el punto de vista de los enemigos de la revuelta, por lo que son parciales y subjetivas. Tanto en el «Anónimo de Sahagún» como en la «Historia Compostelana» se percibe una hostilidad hacia los rebeldes y en general un desprecio absoluto hacia las clases populares. Pero debido a la abundante información que suministran su consulta es de todo punto imprescindible.

La revuelta de Sahagún

En torno al monasterio benedictino de Sahagún se había desarrollado un burgo en el que se dieron cita gentes de origen muy diverso y dedicadas a las más variadas actividades artesanales. El «Anónimo de Sahagún» dice que allí se juntaron «burgueses de muchos e diversos oficios… herreros, carpinteros, xastres, pelliteros, Capateros, escutarios…». En cuanto a su origen habla de «gascones, bretones, alemanes, yngleses, borgoñones, normandos, tolosanos, provinciales, lombardos…». En el año 1087, el rey Alfonso VI había otorgado un fuero a Sahagún, en el cual se ratificaban los derechos señoriales del abad del monasterio, derechos que ejercía tanto sobre los campesinos de sus dominios como sobre los habitantes del burgo. Gozaba, por ejemplo, del monopolio del horno. La resistencia de los burgueses contra esos

derechos señoriales tuvo su primer fruto cuando, en el año 1096, se suprimió la obligatoriedad de cocer el pan en el horno del señor, a cambio de darle al abad una renta en metálico (un sueldo al año). La tensión siguió creciendo en los primeros años del siglo XII, a lo que contribuyeron factores diversos, como la crisis dinástica que se inició después de la muerte de Alfonso VI y la presencia en tierras de Sahagún de tropas aragonesas, en apoyo de Alfonso I de Aragón, casado con Urraca, la nueva reina de Castilla y León.

En 1110 estalló la revuelta de los burgueses de Sahagún. En aquel tiempo, dice el «Anónimo…», «se levantaron contra el abad e nosotros (el que escribe es un monje) non solamente los ricos e aun como quiera decir los nobles burgueses, mas aun las personas muy biles, ansi cortidores, xastres, pelliteros, zapateros…». Los revoltosos, que buscaron el apoyo de las tropas aragonesas, utilizaban como armas arcos y saetas. Según las fuentes eclesiásticas, cometieron todo género de atropellos contra los monjes y sus propiedades. El conflicto se agravó debido a que simultáneamente se produjo una revuelta de los campesinos de las tierras del contorno. Por entonces «todos los rústicos e labradores e menuda gente se ayuntaron, faciendo conjuración contra sus sennores que ninguno de ellos diese a sus sennores servicio debido». Las correrías de los labriegos fueron terribles, pues dice el «Anónimo», actuaban «a manera de bestias fieras». La situación del abad de Sahagún, ante la conjunción de las revueltas burguesa y campesina, apoyadas a su vez por amplios sectores del clero secular de la región, se hizo francamente difícil. Diversas propiedades monásticas fueron vendidas a los burgueses. Después de varias peripecias las revueltas se reprodujeron en el año 1115. Pero la división y el agotamiento de los rebeldes, así como la utilización de armas eficaces por parte de los señores, especialmente la excomunión (en 1116 el Papa Pascual II decretó la excomunión de los burgueses que no se sometieran), permitió dominar finalmente las revueltas, lo que prácticamente se había logrado el año 1117.

La ciudad del Apóstol experimentó a lo largo del siglo XI un desarrollo espectacular. La abundancia de tiendas y talleres, la presencia de mercaderes y cambistas, la afluencia de peregrinos, todo hacía de Santiago a principios del siglo XII, como dice el profesor García de Valdeavellano, una «animada y populosa ciudad mercantil y artesana». Pero la comunidad de los burgueses se hallaba sometida a la autoridad del obispo de Compostela, que detentaba el señorío de la ciudad. Desde el año 1100 era obispo de Santiago Diego Gelmírez, un personaje de excepción, que consiguió el rango metropolitano para la sede compostelana y que puso los cimientos de la marina gallega. Gelmírez fue un poderoso señor feudal, llegando a poseer incluso derecho de acuñación de moneda. La autoridad que ejercía Gelmírez en la ciudad de Santiago era Omnímoda. El concejo estaba integrado por ciudadanos prominentes nombrados por el obispo.

En 1116, estalló una revuelta en la ciudad. A su frente se encontraban miembros destacados del patriciado urbano, formando en sus filas algunos elementos del clero secular (canónigos incluso) y amplias masas populares, arrastradas al conflicto. La revuelta iba dirigida contra Gelmírez, obispo y señor de Santiago. Esta idea se ve claramente en la «Historia Compostelana», cuando pone en boca de uno de los rebeldes unas supuestas palabras explicativas de los sucesos: «Hasta ahora, hermanos, hemos soportado sobre nosotros un señor y un obispo, pero no es justo que nos domine ni nos gobierne, pues él es quien disminuyó la dignidad a nuestra iglesia y os oprimió pesadamente con el yugo de su dominación». Aprovechando la confusión política del momento, los sublevados intentaron atraerse a su campo a la reina doña Urraca. De momento los rebeldes parecían haber triunfado. Entre los amotinados se constituyó una hermandad, que se encargó del gobierno de la ciudad, anulando las ordenanzas anteriores y nombrando nuevos oficiales del concejo. Los conspiradores, «asociándose a ellos gente del clero y del pueblo, bajo pretexto de defender la justicia, oprimen a unos, levantan a otros: renuevan leyes y plebiscitos, asumen el

poder de toda la ciudad, destruyen palacios, llegan a amenazar de muerte a algunos». El texto, procedente de la «Historia Compostelana», a pesar de la hostilidad manifiesta hacia los sublevados, recoge con bastante fidelidad la situación de la ciudad del Apóstol bajo el gobierno del concejo popular revolucionario.

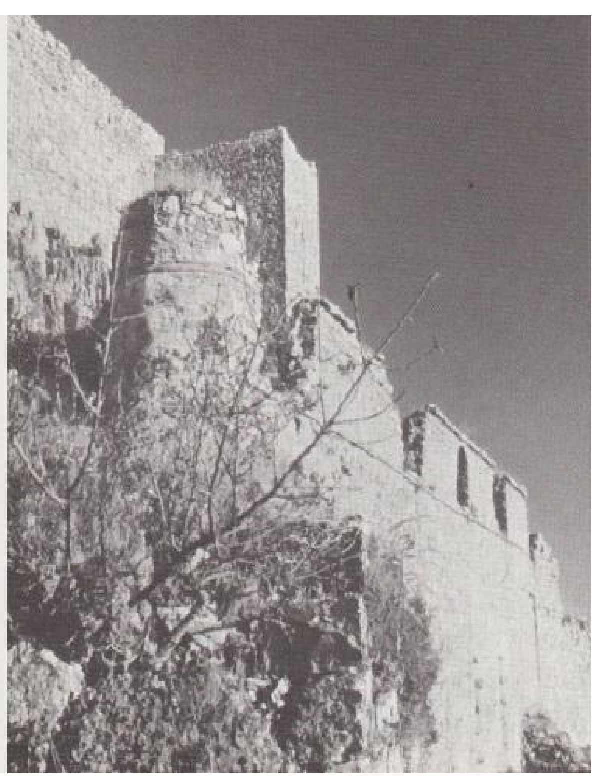


Alfonso VII de Castilla y León, acompañado de sus nobles, según miniatura del Libro de las coronaciones*. Monasterio de El Escorial.*



Juramento de fidelidad de Guillerm de Cervera a Ramón Berenguer III, 1119 (izquierda)*, miniatura del* Liber Feudorum Maior*, Archivo de la Corona de Aragón. Encomendación de burgueses y campesinos a un señor feudal* (derecha)*, miniatura del* Liber Feudorum Ceritaniae*).*

La situación empeoró para la *hermandad popular* a lo largo del año 1117 Los tumultos callejeros estaban a la orden del día. Doña Urraca y Gelmírez, que se habían reconciliado, fueron sitiados en la torre de las campanas de la catedral, consiguiendo huir a duras penas, no sin antes ser objeto la reina de innumerables vejaciones. En el seno del concejo revolucionario se había producido una escisión entre un grupo de tendencia radical y otro de orientación moderada. Jugando hábilmente con estas divisiones, Gelmírez pudo recuperar su dominio. La hermandad fue abolida, unos 100 revoltosos, entre canónigos y burgueses, fueron desterrados, y el obispo pudo recuperar la plenitud de sus atribuciones.

Torre de Fernán González en Covarrubias, Burgos (izquierda).
Castillo de la Orden de Calatrava, Ciudad Real (derecha).

El Camino de Santiago había sido testigo de violentos conflictos sociales, que muy pronto iban a reproducirse (1136 en Santiago, 1155 en Lugo, etc.). ¿Que significado tenían estos conflictos? En principio parece lógico hablar de revueltas burguesas de carácter antiseñorial. Aunque una vez iniciadas las revueltas se sumaran a las mismas elementos campesinos, no cabe duda de que los burgueses fueron no sólo los inspiradores, sino los dirigentes de los movimientos. En cuanto al blanco de sus ataques, tanto en un caso como en otro iban dirigidos contra la autoridad señorial, ya fuera ésta el abad de Sahagún o el obispo de Santiago. Ahora bien, ¿Qué buscaban los rebeldes? ¿Anhelaban simplemente una limitación del poder que detentaban los señores eclesiásticos? ¿Pretendían arrancar una autonomía de gobierno, que fuera sancionada por una carta? El móvil último de estas revueltas está bastante oscuro, siendo todavía objeto de discusión entre los historiadores. Pero parece acertado señalar que las revueltas de las ciudades del

Camino de Santiago se proponían la conquista de unos objetivos esencialmente económicos. Los burgueses pedían la supresión de diversas trabas que obstaculizaban su propio crecimiento económico. En unos casos querían aprovecharse mejor del tráfico mercantil: en otros, controlar directamente el mercado (caso de Santiago). En definitiva, su pretensión consistía en pedir una participación más amplia en la renta feudal. La burguesía en ascenso trataba de encontrar su puesto en la estructura de la sociedad feudal. En el siglo XII la burguesía no buscaba de ninguna manera la destrucción del orden existente, sino simplemente su articulación dentro del mismo.

Camino de creatividad

Por Joaquín Yarza Luaces

Profesor del Departamento de Arte.
Universidad Central de Barcelona

EL camino de peregrinación a Santiago ha funcionado desde el siglo X prácticamente hasta nuestros días, con intermitencias y momentos de deterioro más o menos profundos. La Edad Media es el gran momento del Camino. Y, simplificando, los siglos del llamado estilo románico. Con el Renacimiento llegó el ocaso de las peregrinaciones, y las de Compostela sufrieron duros ataques por parte de espíritus críticos como el de Erasmo, menos por lo que querían significar que por la picaresca que a su sombra se había generado.

Durante los siglos XI, XII y XIII —período de mayor apogeo— conviene distinguir desde un principio un arte *en el* Camino de Santiago de un arte *del* Camino de Santiago. Procesos socioculturales concretos producen o facilitan hechos artísticos. Pero éstos, aun siendo función de aquéllos, desde el punto de vista de la forma pueden insertarse en un contexto más amplio que los engloba. En esta perspectiva estaríamos ante un arte en el Camino. También es posible que la forma se vea condicionada por el contenido concreto, que sea una consecuencia de él. Estaríamos en el otro caso.

El románico como unión

La importancia del Camino en el terreno del arte estriba esencialmente en las manifestaciones del primer tipo. Para entenderlo hay que pensar en la situación general que lo hizo posible. Su desarrollo y organización en los siglos XI y XII se integra en un proceso mucho más amplio que le favorece y sin el cual no hubiera tenido la universalidad que llegó a alcanzar. Estamos en un periodo de crecimiento y expansión económica a todos los niveles, expansión que hasta fines del siglo XIII no se verá frenada. Además, especialmente desde el siglo XI, con Gregorio VII, se produce una reestructuración a fondo de la Iglesia con la intención de buscar fórmulas unitarias y el deseo de robustecer la autoridad central papal. En esto juega su papel una orden, la Benedictina, sobre todo desde la gran Abadía de Cluny. Esta búsqueda de unidad favorecerá el desarrollo de un arte dotado de elementos comunes, no tantos como a veces se pretende, que ha merecido que se intente tipificar en sus aspectos estilísticos y que se llame arte románico.

Por otra parte, hay que tener en cuenta la particular situación de los reinos peninsulares, de forma más clara, los occidentales. La conquista musulmana les ponía en inmediata relación con una cultura diferente a la del resto de Europa y dificultaba sus relaciones con ella.

En torno al año 1000, el rey Sancho el Mayor de Navarra, que llegó a reunir la mayor parte de los reinos peninsulares bajo su mando, siquiera momentáneamente, entró en contacto con los monjes de Cluny. La reforma gregoriana se extendía a la liturgia, y en este punto residió uno de los motivos de fricción que sensibilizó más la oposición. En los reinos occidentales se hacía uso de la liturgia hispano-visigótica mantenida por las comunidades mozárabes, tanto en tierras musulmanas como luego en tierra cristiana. Con la liturgia coexistía un arte notable y original al que se

ha dado el nombre de mozárabe con una muy relativa exactitud (siglos IX-XI).

La penetración de los monjes de Cluny se hizo con resistencias fuertes y explicables. Primero, porque rompían con una tradición aún viva que alcanzaba a aspectos religiosos litúrgicos de gran vigencia. Luego, porque la protección real favoreció la sustitución del clero indígena por gente franca en altos puestos de la iglesia hispana. Además, como suele suceder en estos casos, los recién llegados, con frecuencia, eran convencidos de que estaban prácticamente en tierras de infieles, impusieron la reforma, sin tener en cuenta peculiaridades que se extendían más allá de lo exclusivamente litúrgico.

La internacionalidad del Camino está entonces vinculada a este período de crecimiento de Europa Medieval y a la integración de los reinos hispanos dentro del movimiento general que en lo artístico se llama románico.

Los caminos, pues, fueron varios en Francia y también dentro de la Península, y favorecieron las relaciones artísticas. Parte del repertorio formal de origen musulmán pasó al románico europeo en general y más al francés. Pero éste se fue imponiendo en lo español, sustituyendo a los que aún pervivían de la arquitectura mozárabe. Y aquí residió, seguramente, la mayor importancia artística del Camino.

Esto no fue obstáculo para que, en relación con la peregrinación, cristalizaran arquitecturas muy válidas funcionalmente, como son las llamadas *iglesias de peregrinación*. La gran catedral de Compostela es la culminación de un tipo de iglesia cuyo origen está en Francia y que se acomoda muy bien a los problemas de ubicación y circulación que planteaban las multitudes peregrinantes.

Es una iglesia de grandes dimensiones, con planta de cruz latina, en la que los brazos laterales alcanzan un desarrollo nada frecuente en el románico. En la cabecera se organiza un pasillo, *la girola o deambulatorio*, que permite rodear el altar mayor o visitar ordenadamente la tumba y las reliquias. En esta cabecera se puede

abrir un gran número de capillas, algunas vinculadas al mismo Camino, como la de Sainte Foy, en recuerdo de la francesa, que era santuario visitable para los peregrinos que venían de muy lejos. Esta necesidad de dedicar altares en relación con el Camino, con los pueblos que iban a sostener las capillas, con el gran número de misas que se debían decir en el santuario, se completó abriendo también en los brazos del crucero, orientados hacia el este, como correspondía, hasta cuatro pequeños ábsides. Sobre las naves laterales se construyeron las tribunas, a semejanza de los viejos *matroneos* de las iglesias cristianas primitivas. Estas tribunas comunican con la nave central a través del *triforio*. con arcos ciegos abarcantes de otros gemelos menores y abiertos. Tanto en la parte superior como en el ámbito de las naves laterales es posible el paseo, incluso en los pies y en los extremos del crucero, igual que en la parte superior, por encima de la girola. Con ello se conseguía un doble objetivo: facilitar las procesiones interiores y aumentar con el piso alto la capacidad de la iglesia.



Pantocrator de la iglesia de San Vicente de Taull, Lérida (izquierda).
Segador, según relieve del monasterio de Ripoll, Gerona (derecha).



Diácono donante, en un fresco románico del maestro de Pedret, siglo XII.

La catedral de Santiago como totalidad es la gloria artística del Camino y un resultado de su universalismo. Arquitectónicamente es un producto extranjero que no se hubiera llevado a cabo sin la peregrinación y sin la voluntad de varios prelados, entre ellos Gelmírez, el astuto y retorcido arzobispo, en contacto con Roma y Cluny.

Caminos, puentes, hospitales…

En principio la peregrinación se hizo en el ámbito local, luego se generalizó, pero hasta muy avanzado el siglo XI no se organizó conscientemente. Nace y se desarrolla entonces una arquitectura práctica para asegurar y facilitar el paso de los peregrinos. Con protección real hay hombres que se dedican a arreglar las vías. Santo Domingo de la Calzada, en Logroño: San Juan de Ortega, en Burgos, entre ellos. El Códice Calixtino da los nombres de algunos de los que repararon el Camino: Andrés, Rogerio, Alvito, Pedro… Del último se sabe que se le dio el sobrenombre de Peregrino y reconstruyó, a la altura de Portomarín (Lugo) un puente sobre el Miño. Esta de ponteador fue otra de las actividades constructivas más interesantes. El puente que da nombre a Puente la Reina, en Navarra, es un ejemplo magnifico de esta actividad, aunque sea posterior al románico. También crecieron los edificios hospitalarios destinados a socorrer al peregrino, aunque la mayor parte ha desaparecido hoy en día o se ha modificado sustancialmente.

En Navarra se conservan tres curiosas capillas que están vinculadas al Camino y a los servicios que en éste se quería proporcionar al viajero. Son capillas funerarias, lugar de entierro y refugio de peregrinos. La primera con la que se encontraba al entrar en el reino el viajero extranjero era la de Roncesvalles. La que hoy, muy modificada, se llama del Espíritu Santo, es cuadrada de planta y debía tener en principio dos pisos. Sobre la cubierta había un cuerpo pequeño de base redonda y todo lo sobremontaba una cruz. El cuerpo redondo posiblemente era una linterna de muertos. Mucho más claro se distingue el esquema hoy en Torres del Río, también en Navarra. De nuevo un edificio de planta poligonal cubierto por una bella bóveda de nervios de tipo califal, influencia de lo musulmán al románico. Sobre ella, un pequeño cuerpo, *la linterna de muertos*. en la que se encendía fuego por la noche. La iglesia de Eunate pudo tener el mismo destino. La linterna funeraria superior

tiene sus compañeras en las grandes y elegantes francesas del Poitou y Saintonge (Fenioux, Rioux).

Artistas itinerantes

En el siglo XI o en el XII, las ciudades no tenían entidad suficiente para mantener grupos de artistas. Estos viajaban en equipos a la busca de trabajo. El Camino favoreció los cambios de residencia de estas gentes itinerantes y les permitió realizar obras en lugares muy distantes. Documentalmente sabemos cómo el maestro Esteban, activo a fines del siglo XI en Compostela, es llamado a Pamploa con ciertos honores. En la ciudad que era fin de la peregrinación trabajaron equipos de todas procedencias. Seguramente, el maestro Bernardo, al que ayudaba Roberto, al frente de cincuenta canteros, y que fue el primer arquitecto de la catedral, era francés. Sin que los documentos lo apoyen, comparaciones estilísticas permiten afirmar que algunos de los escultores que trabajaron en Conques, en la gran portada, lo hicieron, antes o después, en Compostela en la fachada de las Platerías. Quizá no haya que prestarle tanta atención como se ha hecho, pero es destacable que algunos temas iconográficos muy concretos se trataron de la misma manera en santuarios diferentes. Es el caso del avaro ahorcado en la portada de Sainte Foy de Conques y de un capitel semejante en el brazo transversal de la cruz en la catedral de Santiago. De la misma forma se quiso definir la personalidad de un maestro, el de Platerías de Compostela, como escultor además en Pamplona, Toulouse y León. Aunque se puede afirmar que no estamos ante un solo maestro, existe un parentesco de escuela, en ocasiones muy próximo, que indica claramente que escultores muy relacionados entre Sí trabajaron en cuatro ciudades importantes del Camino, los primeros años del siglo XII.

En otro orden de cosas cabría hablar de una arte del Camino, menos importante sin duda que el anterior, pero más personal y

consecuencia inmediata de él. Primero los peregrinos viajaron sin otros estímulos que los propiamente religiosos, dentro de una mentalidad que veía en la peregrinación una meta para obtener favores espirituales y materiales, posibles en esos lugares sagrados, cargados de poder y carisma y capaces de facilitar la curación de una enfermedad o perdonar un pecado. Desde el momento en que la peregrinación adquirió importancia se enriquecieron las motivaciones religiosas. Especialmente se buscaron nuevos estímulos, se inventaron atractivos complementarios, se propiciaron artesanías, sobre todo por parte de las gentes que de alguna manera se beneficiaban de la situación. En primer y especial lugar, el cabildo santiagués, con su obispo al frente.

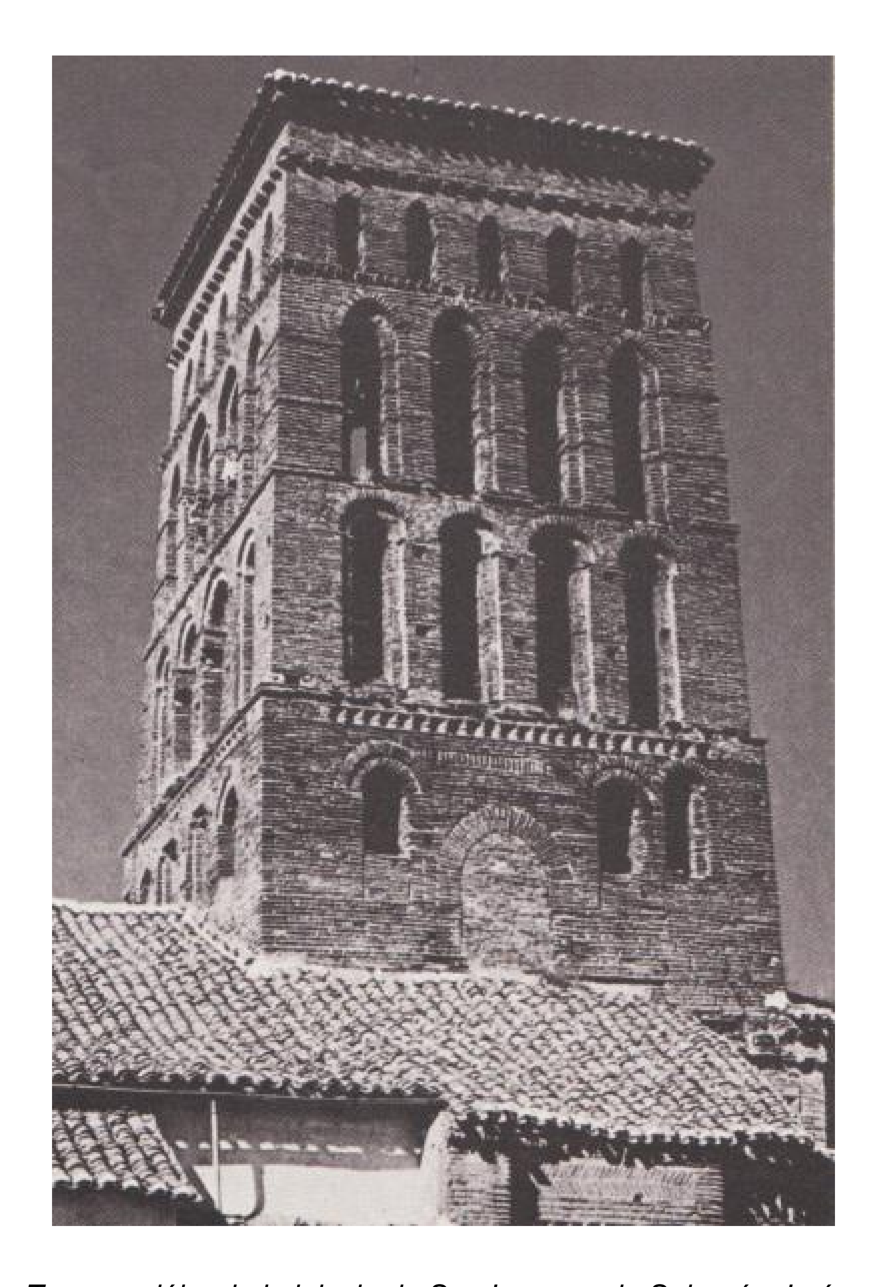
Se procura, en la medida que esto es posible en el siglo XII, hacer un arte de propaganda. En esa tremenda pero notable mixtificación que es el Códice Calixtino, varios sermones se falsean para que en ellos aparezca el nombre de Santiago donde originalmente estaba el de otro santo. En otros que se atribuyen al Papa Calixto, predicados en la fiesta del Apóstol, se le cita en un lugar de excepción cerca de Cristo, por encima de Juan y Pedro. Se ha estudiado la Transfiguración de Platerías, viendo con sorpresa que en ella Santiago parece ocupar junto a Jesús un puesto que no tiene en los Evangelios, y que sólo se justifica en sermones del Calixtino. En el Pórtico de la Gloria, del maestro Mateo, a los pies de la iglesia, el Apóstol está dos veces. En uno ocupa justamente el lugar correspondiente, detrás de Pedro y Pablo y cerca de Juan, como los apóstoles que en la Nueva Ley se oponen a los cuatro grandes profetas de la Antigua. Pero además, en la columna parteluz que ayuda a sostener el tímpano, está sentado en trono, a modo de «maiestas», sobre el árbol de José y bajo la Gloria, esto es, en un puesto que únicamente pertenece a Cristo. Es de nuevo una exaltación dentro de ese deseo propangandistico.

Había que dar a los peregrinos unos distintivos que los diferenciaran de los que iban a Roma y Jerusalén. En un sermón que falsamente se atribuye al Papa Calixto se aclara: «Por lo mismo

que los peregrinos que vienen de Jerusalén traen palmas, así los que regresan del santuario de Santiago traen las conchas. Pues bien, la palma significa el triunfo: la concha significa las obras buenas». Se busca el distintivo y se le da un contenido. El marisco de esta concha, que representa las obras buenas, tiene dos corazas con las que se defiende. En ella significan los dos preceptos de la caridad: amar a Dios y al prójimo. Del mismo modo se explica los atributos entregados al peregrino de Compostela: el báculo y el morral o escarcela. El morral es pequeño porque pequeña debe ser la despensa del peregrino: y de cuero de animal muerto para indicar que «debe mortificar su carne con hambre y sed, con muchos ayunos», etc. El báculo, como tercer pie, simboliza la fe en la Trinidad, y es la defensa del hombre contra lobos y perros. En estos animales se debe ver al diablo, que «ladra al hombre cuando provoca su mente a pecar».



Claustro de San Pedro de Estella, Navarra.



Torre mudéjar de la iglesia de San Lorenzo de Sahagún, León.

Tenemos descrito al peregrino a Compostela que aparecerá desde entonces en el arte. Se le ve ya en el dintel de San Lázaro de Autun entre los elegidos esculpidos por Gislebertus y desde entonces se repite su imagen hasta fechas que sobrepasan con mucho la Edad Media. El lenguaje del románico pasa muchas veces por encima de incongruencias cronológicas para hacerse entender. Así, en el monasterio de Silos, en un relieve del claustro, para designar a Cristo como peregrino a Emaús, se le inviste con los

atributos del caminante a Compostela. Un signo inteligible que indica la importancia del Camino en torno al 1100.

El mismo Santiago asume el papel. El románico no dio atributos distinguibles a los apóstoles y profetas, si exceptuamos las llaves de Pedro, la calvicie de Pablo o los cuernecillos de Moisés. Es en el gótico cuando se generalizan. Por eso no debe sorprender que no lleve ninguno especial ni el Santiago de Platerías, ni el del Pórtico de la Gloria, como tampoco lo lleva la bella imagen pintada en el Códice Calixtino. Pero avanzado el siglo XII surge el Santiago peregrino, fuera de Compostela, en la iglesia de Santa Marta de Tera (Zamora). Luego en la Cámara Santa de Oviedo. A continuación son centenares los casos. A veces en obras importantes, como el Santiago esculpido de Puente la Reina del siglo XIV, el espléndido martirio del Santo por Navarrete el Mudo, en el siglo XVI (El Escorial), o la enorme imagen de Pereda, en el siguiente (Comendadoras de Santiago, Madrid).

La propaganda del Camino alcanzó a Carlomagno. Dejando a un lado las implicaciones literarias, también en el arte quedan huellas. La campaña a Hispania, se dice, tuvo como fin salvar el sepulcro de la profanación musulmana. Carlomagno tuvo una visión del Apóstol en la que se lo pidió. Así se cuenta en el «Seudo Turpin», que forma parte del Códice Calixtino. Y es en el manuscrito iluminado en el siglo XII en Compostela donde se ilustra la historia. Se contaba además la lucha entre el gigante musulmán Ferragut y el campeón cristiano Roldán, que acaba convirtiéndose en un Juicio de Dios, sobre la verdadera religión. Así encontramos a los campeones enfrentándose a caballo, perfectamente identificados por inscripciones, en un capitel firmado por un Martinus de Logroño, en el palacio de Estella a fines del siglo XII. La lucha de caballeros la encontramos en el románico hispano con extrema frecuencia y aún en el gótico francés. Los textos nos hablan de ciclos dedicados a Roldán en Roncesvalles, hoy perdidas las pinturas. Debieron ser muy abundantes.

Milagros de Santiago

La devoción medieval va unida al milagro y al hecho prodigioso. En los tiempos románicos se refleja el culto a las reliquias cargadas de poder. En el gótico la aproximación de lo religioso al ámbito de lo humano permite y potencia un arte narrativo que se complace en contar los martirios y milagros de los santos para contemplación y ejemplo del devoto. En el siglo XII se genera un ciclo literario de milagros en relación con Santiago y Compostela que se encuentra en el tantas veces citado Códice Calixtino. Pero hay que esperar al siglo XIII para que se refleje en las artes plásticas. De todos modos, hay que reconocer que no tuvo la resonancia que cabía esperar. El Tumbo A de la catedral de Compostela comienza con una dustración del descubrimiento del cuerpo del Apóstol, en el tercer decenio del siglo XII. En el claustro de Tudela, del entorno de 1200, hay un ciclo dedicado a la muerte y traslado del cuerpo a Galicia. Igual que se crea la iconografía de la invención del sepulcro se busca un fundamento que justifique el hallazgo del cuerpo de aquel que constaba que había sido sacrificado en Jerusalén.

De los milagros, pocos, que se hicieron populares, y algunos después de sufrir alguna transformación. Como el del ahorcado por una acusación falsa, mantenido vivo por el Apóstol en tanto no se prueba su inocencia. Mezclado al milagro de las gallinas resucitadas, se ubicó en Santo Domingo de la Calzada. Se puede encontrar en las artes plásticas en un frontal del siglo XIII avanzado, aún tocado de arcaísmos románicos: el de San Jaume de Frontanyá, en Cataluña (Museo de Solsona).

Compostela como meta del Camino ocupó un lugar de excepción. Así, su catedral fue receptora y conservadora de gran cantidad de piezas donadas por peregrinos de todas las nacionalidades, que, unidas a las encargadas por el cabildo, hicieron del tesoro catedralicio uno de los más importantes de España. Desgraciadamente se ha perdido mucho. Se conserva un Santiago peregrino, regalo de Gaufridus Conquatrix, relicario al

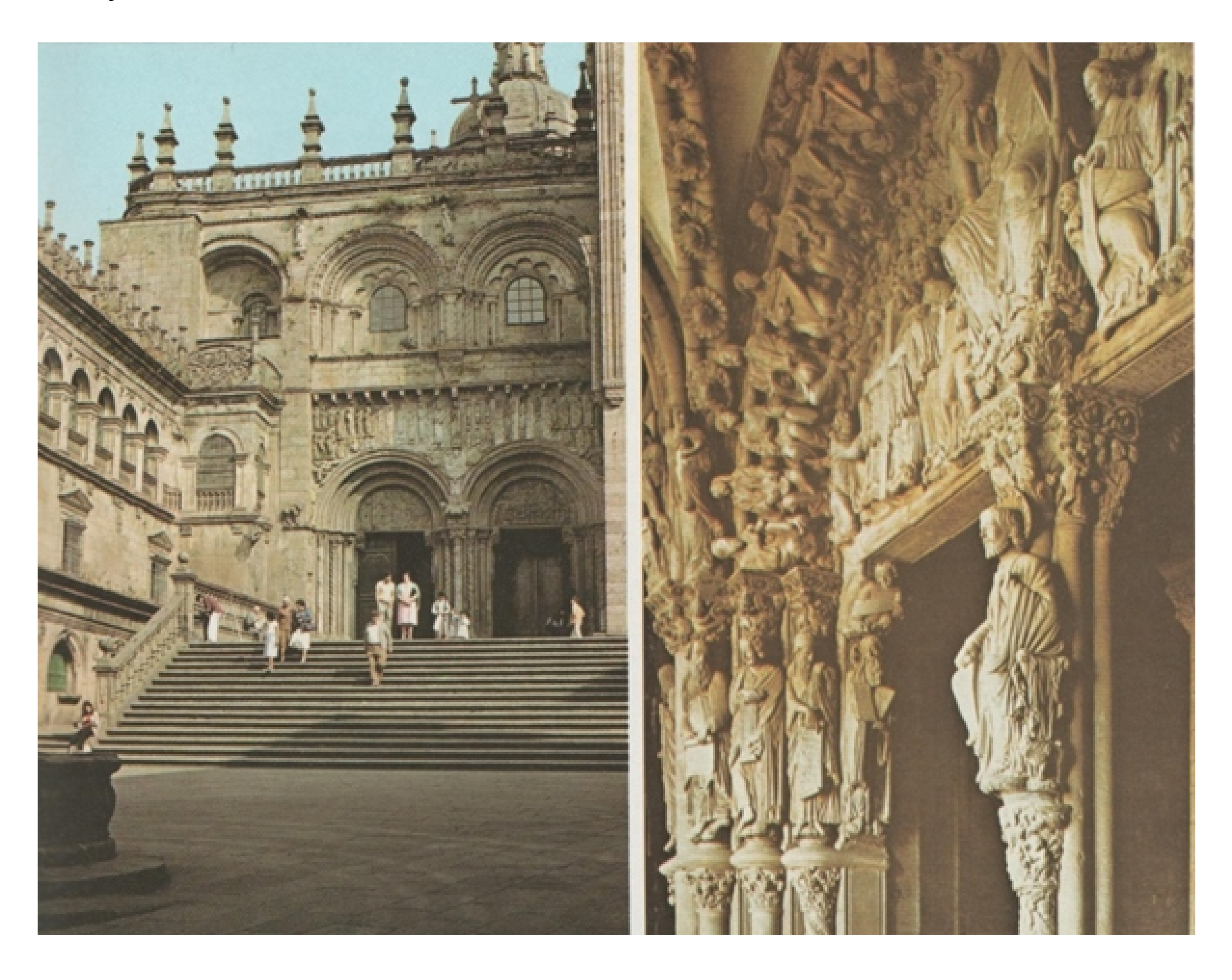
tiempo, en plata y esmaltes, realizado a comienzos del siglo XIV, en París. También otro de la misma procedencia, cien años posterior, regalado por J. Roucel.

Los alabastros ingleses góticos, formando trípticos o polípticos de varias tablas, se exportaron a toda Europa desde fines del siglo XIV hasta principios del siglo XVI. Su carácter de piezas casi industrializadas hacen escasos los datados. Por eso resulta excepcional el regalado por John Goodyear, en 1456, a la catedral, y dedicado a la vida del Apóstol.

Azabaches jacobeos

A cambio de estas piezas importadas, el desarrollo de la peregrinación permitió el nacimiento de unas artesanías propiamente compostelanas de recuerdos para los visitantes. Entre todas hay que destacar la azabacheria, por lo desacostumbrado del material y la vinculación en exclusiva a Compostela. En principio se vendían conchas a los peregrinos: luego, para aumentar su valor y cobrarlas más, se hicieron de ese lignito. A lo largo de la Edad Media creció una artesanía cuyo monopolio compostelano fue sancionado por varios Papas del siglo XIII. Después de las conchas se hicieron las «figas» contra el mal de ojo, las imágenes, los grupos. Casi todo era de mediana calidad, como convenía a un comercio nacido para el pequeño cliente. Del desarrollo alcanzado en la ciudad es prueba el que, en 1410, los azabacheros se constituyan en cofradía con unas ordenanzas severas. Junto a las pequeñas piezas de escaso valor, los artesanos producían, por encargo, otras más ricas y distinguidas. Los mejores ejemplos están fuera de Galicia, aunque el Museo de Pontevedra posea algunos. La Hispanic Society, de Nueva York, y el Museo Valencia de Don Juan, en Madrid, contienen las mejores colecciones. De su explicable dispersión hablan el grupo de Santiago Peregrino y dos fieles

arrodillados en el Museo Diocesano de Ávila o el del Museo de Cluny, en París.



Portada de Platerías (izquierda). *Pórtico de la Gloria* (derecha).



Estatuas de los profetas, en un detalle del mismo en la catedral de Santiago de Compostela.

El barroco jacobeo

Por Antonio Bonet Correa

Catedrático de Historia del Arte.
Universidad Complutense de Madrid

CON el protestantismo y las guerras de religión decayeron mucho las peregrinaciones a Santiago de Compostela. Pero lo que durante el siglo XVI había sido declinar se superó en los siglos XVII y XVIII, sobre todo en lo que atañía a la influencia de peregrinos franceses, en especial durante la primera mitad del 700, a la época rococó.

No es así extraño que el famoso cuadro galante de Antonio Watteau, «Embarquement pour Cythère» (El viaje a Citeria) represente a los enamorados, que se encaminan hacia el lejano país del amor, vestidos de peregrinos, con su concha o veneral, evocando que todo viaje posible tenía referencia a Santiago de Compostela, el venerado santuario perdido en el brumoso Finisterre galaico.

¿Qué camino recorrían los peregrinos del barroco y del rococó? Los itinerarios eran aún los mismos y los pueblos que jalonaban su recorrido poco, o casi nada, habían cambiado en forma de vivir desde la Baja Edad Media, durante la cual las ciudades como Burgos o León habían levantado enormes catedrales góticas, amplios conventos, hospitales y hermosos edificios civiles. Únicamente en el Renacimiento, en los centros importantes, se había incrementado el patrimonio arquitectónico con algunas

construcciones vistosas. ¿Sucedió otro tanto en el barroco? ¿Se produjeron en los siglos XVII y XVIII cambios esenciales en el paisaje urbano de las localidades pequeñas, en las poblaciones medianas y en las ciudades de lo que había sido camino medieval de Compostela?

En Navarra se construyeron algunas fachadas de iglesia y sobre todo casonas de nobles y ricos comerciantes. En la Rioja, las viviendas de acomodados hidalgos y labriegos, propietarios de tierras fecundas, se renovaron. En Santo Domingo de la Calzada el caserío está dominado por la torre barroca de la antigua catedral. En Logroño la iglesia de Santa María de la Redonda, de interior gótico de principios del siglo XVI, en 1769 alza su fachada cobijada por un gran arco entre las esbeltas torres, cuyo perfil recuerda el esquema medieval de las abadías normandas, aunque por su alzada y detalles es obra típicamente española. De la región solamente mencionemos el monasterio de San Millán de la Cogolla, en Yuso, popularmente conocido como El Escorial de la Rioja. Con su entrada barroca y la iglesia con sus retablos con pinturas de fray Juan Rizi, sirven de ejemplo de una renovación monasterial que abarca todo el norte de España. Casi nada queda en cambio en el antaño riquísimo monasterio de Sahagún, en tierras de León. Únicamente su amplia puerta clasicista se abre hoy aislada, en medio de las ruinas medievales, a los amplios horizontes de los campos góticos o tierra de campos que Pérez de Ayala prácticamente calificó de campos de tierra. El peregrino aquí, lo mismo que en Burgos o León, se encontraba con un arte capaz de expresar la grandeza de la iglesia católica triunfante tras la Contrarreforma. La magnificencia y amplitud de los edificios barrocos eran como un eco de la revitalización de la piedad y del fervor religioso, que a través del culto, dignificaba y justificaba la sumisión de los fieles a la iglesia romana.

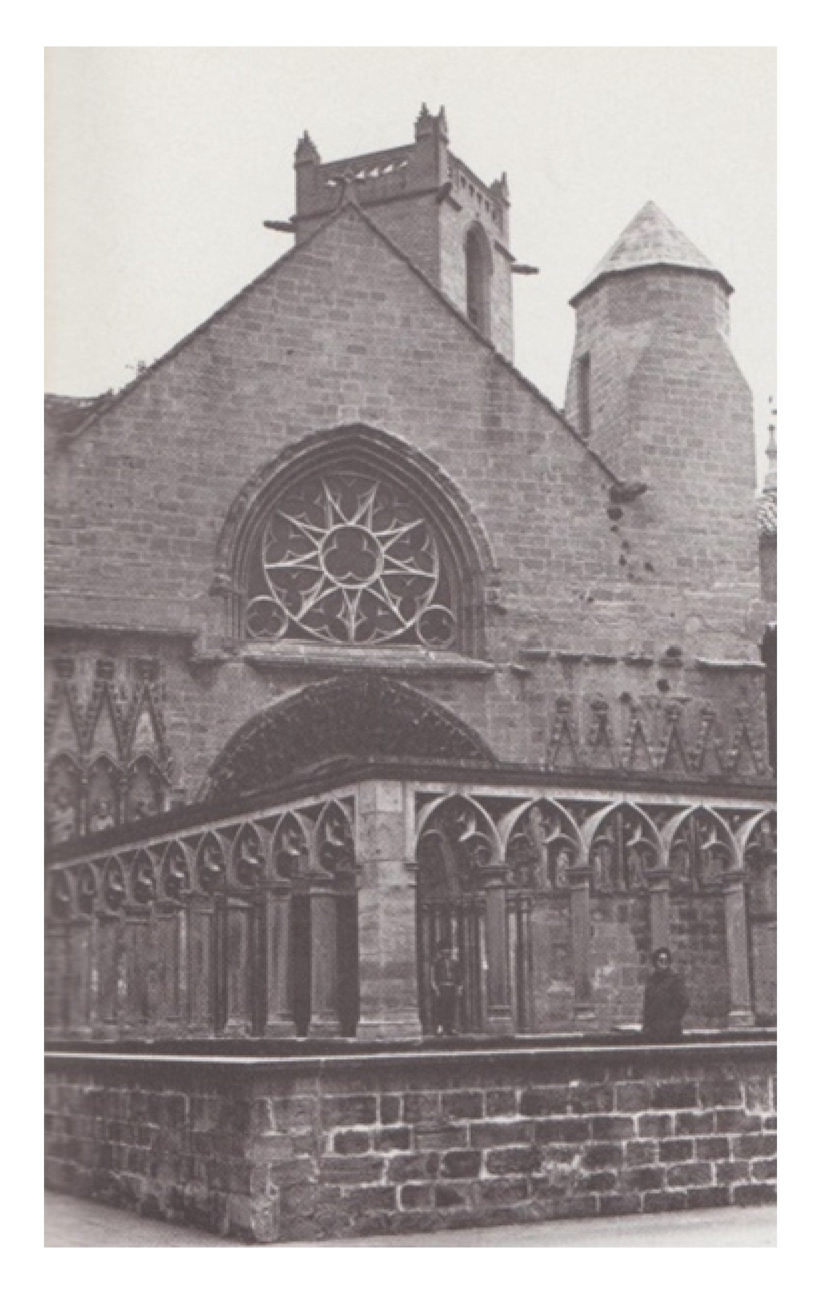
En donde el peregrino no daba abasto a su curiosidad, en donde podía admirar en grado sumo el número y grandeza de los edificios barrocos, era en Galicia, la región de cuyo reino era capital

Compostela, la ciudad escogida por el apóstol Santiago para ser su tumba y santuario universal. Al seguir el camino y sobre todo si se desviaba a un lado y a otro de su itinerario podía encontrar monasterios, iglesias y ermitas de imponente y bien dotada fábrica. Ya en el Bierzo, todavía en tierras de León, pero en la llamada Galicia irredenta, encontraba el monasterio benedictino de Carracedelo o en Villafranca la grandiosa iglesia del colegio de jesuitas. Más adelante, tras atravesar el puerto del Cebrero, el peregrino descendía al Valle de Sarria en el que se encontraba el magnífico monasterio de Samos, en cuyos claustros, en uno de los cuales podía admirar la bella fuente de las Sirenas o mejor de las Nereidas, se conservaba viva la cultura humanística y científica de la que era símbolo el padre Feijóo.

Los que viniendo por el camino que bordeaba la costa cantábrica, pasando por Oviedo y Mondoñedo, llegaban a Sobrado de los Monjes, allí no podían dejar de admirar uno de los mayores monasterios cistercienses de España y Europa. Este centro bernardo con sus amplios claustros, su hospedería y su amplia y hermosísima iglesia, con fachada de Pedro de Monteagudo, no podía sino asombrar a los peregrinos. La riqueza plástica de los ornamentos, de proteica y variada flora, no es frecuente incluso en el recargado barroco hispánico. Su grandiosidad sólo es comparable a la de otros monasterios o cenobios gallegos como los de Monfero, Osera o Celanova, fuera éstos de los caminos habituales a Compostela y todos ellos por la grandeza de sus fábricas comparables únicamente a los monumentos del arte romano tardío en el Próximo Oriente como los de Petra o Baalbek. Ante estos monasterios es un tópico el compararlos con El Escorial.

Ahora bien, en donde al peregrino se le reservaba el no encontrar parangón para su asombro, como todavía sucede, era cuando al término de su camino llegaba a Santiago de Compostela. Allí, en la ciudad pétrea, en la que durante siglos, desde la Alta Edad Media, se habían acumulado obras prerrománicas, románicas, góticas y renacentistas, desde que a mediados del siglo XVII había

llegado el canónigo José de Vega y Verdugo, marqués de Alba Real, el panorama del paisaje urbano había cambiado. Vega y Verdugo, conocedor de arquitectura, intelectual preocupado por la modernidad, había puesto en marcha un programa de renovación edilicia. La catedral y la ciudad entera bajo sus directrices cambiaron su arquitectura aparente, revistiéndose de barroco los edificios ya existentes o erigiéndose nuevos con una gran riqueza inventiva y una técnica perfecta. Con la Puerta Santa, el Pórtico Real, la Torre del Reloj o Berenguela, el Cimborrio y la famosísíma fachada del Obradoiro, la catedral se convirtió en el magno santuario que coronaba la ciudad. En su interior el exento Altar Mayor del Apóstol, con su enorme pirámide calada, sostenida por gigantescos ángeles, sus múltiples retablos en las capillas y sus dobles órganos de tallas doradas y policromadas, resplandecían ante los ojos de los que habiendo traspasado el románico Pórtico de la Gloria se hincaban de rodillas ante la tumba del Patrón de España, el santo matamoros.



Iglesia de Olite, en la zona Navarra del Camino de Santiago.

Los arquitectos José de la Peña de Toro, Domingo Antonio de Andrade, Fernando de Casas y Novoa, los Romay y tantos otros, cuya nómina se incrementa con la de los maestros de obras y canteros, fueron artífices de lo que podría considerarse un milagro, sobre todo a lo que se refiere el siglo XVII, en el que la decadencia española impidió realizar obras tan importantes como las llevadas a cabo en Galicia, a los que la riqueza en manos de la iglesia permitió

tales excesos. La transformación de la ciudad fue total, pasando de medieval a barroca, en un caso similar a los de Salzburgo o Praga.

Los monasterios de San Payo de Antealtares, San Martín Pinario, éste espectacular en sus dimensiones, los innumerables conventos y colegios masculinos y femeninos de distintas órdenes, los palacios y casas importantes, como la de la Parra o el Toral, configuran los amplios espacios de las plazas y plazuelas, las calles empedradas y los rincones de la ciudad. Con sus espadañas y torres el paisaje urbano de caserío de granito es digno de ser columbrado desde la Herradura o desde cualquiera de los puntos de vista que se ofrecen, cuando se llega a la ciudad por el antiguo Camino de Santiago o desde la carretera de La Coruña. Con sus líquenes y musgos, los edificios dan a la ciudad su color de suaves tonalidades encendidas en el verano y el otoño y verdosas azuladas en el invierno y primavera.

Capital del barroco, Santiago para el peregrino venido de Europa tenía que resultar una ciudad en la que el arte era un renovado homenaje al Apóstol, una auténtica ofrenda al evangelizador de Occidente, a uno de los santos que más y mejor expresaba la universalidad, esa universalidad que precisamente quería plasmar en formas nacidas del repertorio clásico el espíritu del barroco.

Bibliografía

Bozal, V., *Historia del arte en España*, I, Madrid, Istmo, 1978. Castro, A., *España en su historia*, Barcelona, Crítica, 1983. García de Cortázar, J. A., *La época medieval*, Madrid, 1974. Heers, J., *Occidente durante los siglos XIV y XV. Aspectos económicos y sociales*, Barcelona, Labor, 1976. Martín, J. L., *La Península en la Edad Media*, Barcelona, Teide, 1984. Menéndez Pidal, R., *España, eslabón entre la Cristiandad y el Islam*, Madrid, Espasa Calpe, 1956. Mitre, E., *La España medieval. Sociedades. Estados. Culturas*, Madrid, Istmo, 1979. Sánchez Albornoz, N., *España, un enigma histórico*, Buenos Aires, Sudamericana, 1971. Valdeón, J., Salrach, J. M y Zabalo, J., *Feudalismo y consolidación de los pueblos hispánicos*, Barcelona, Labor, 1980. Vicens, J. y otros, *La Edad Media*, en *Historia de España y América social y económica*, vol II, Barcelona, Vicens Vives, 1972. Varela Jácome, B., y Rodríguez González, A., *Santiago de Compostela*, León, Everest, 1973. Varios autores, *Galicia. El arte*, Barcelona, Noguer, 1976.